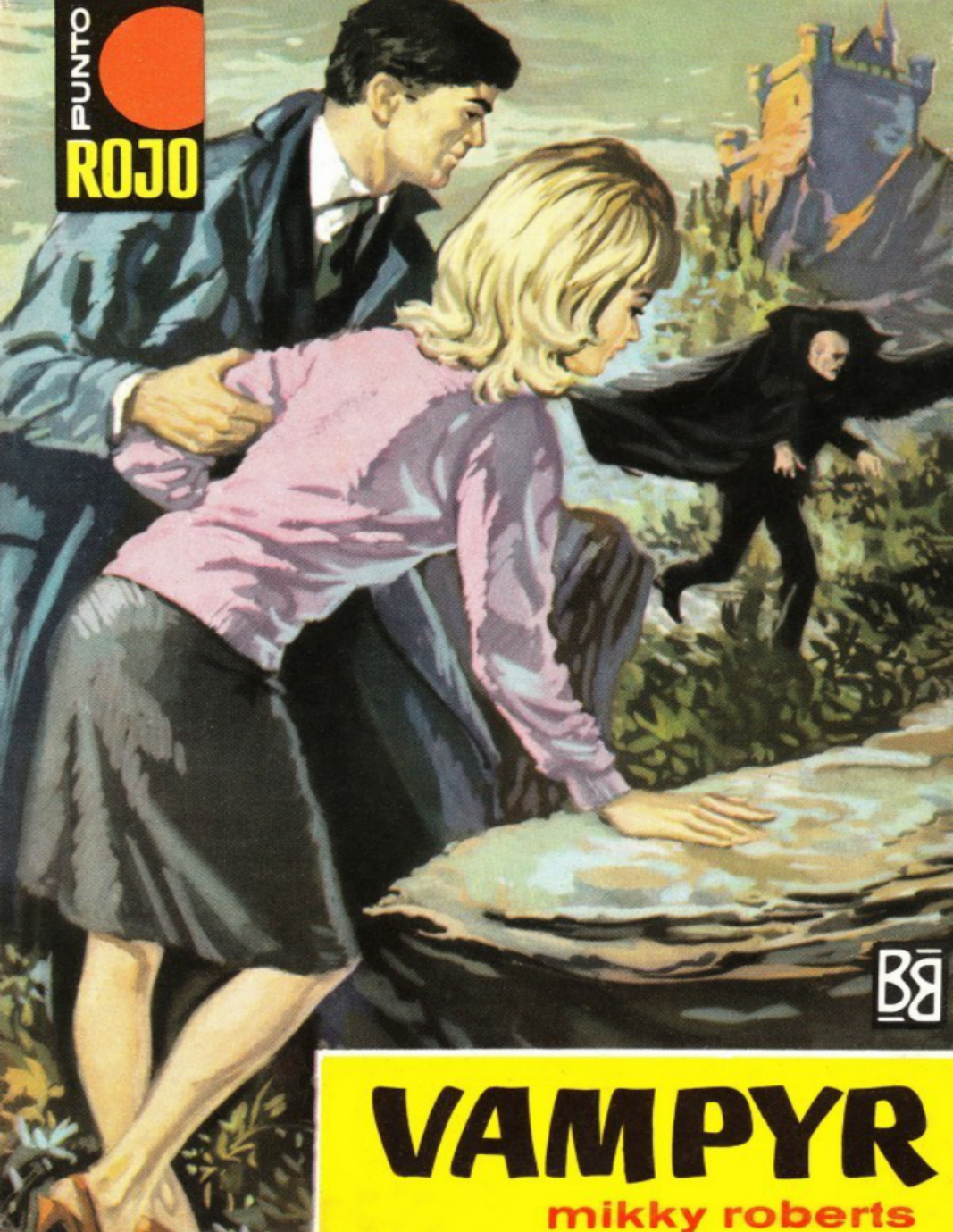


PUNTO
ROJO



B&B

VAMPYR

mikky roberts

MIKKY ROBERTS

VAMPYR

Colección PUNTO ROJO n.º 75

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19158 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: SETIEMBRE - 1963



MIKKY ROBERTS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3978/63

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

711. Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

651. Una estrella con problemas.

En Colección BÚFALO:

395. Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

300. Falso rural.

En Colección SALVAJE TEXAS:

271. La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

275. La calavera de plata.

En Colección KANSAS:

174. Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES OESTE:

222. Sentencia de «Colt».

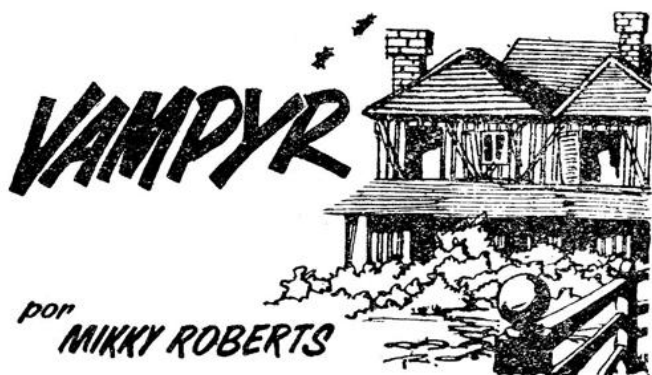
En Colección BRAVO OESTE:

100. Sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:

39. Caribe sangriento.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades, o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



CAPÍTULO PRIMERO

Las dificultades comenzaron cuando llegó aquella carta escrita por un aldeano supersticioso:

«Señor Director de *El Clarín*:

»Distinguido señor: Como asiduo lector de su periódico, he creído de interés informarle de una serie de hechos extraños en las proximidades de Mallaig, donde resido; más concretamente, en Lonely Rock, una vieja fortaleza que mis antepasados debieron construir para defenderse de los vikingos. En tiempos debió ofrecer un aspecto impresionante, pero ahora es apenas poco más que un montón de piedras. Pese a lo inhóspito del lugar, azotado por las olas, he podido comprobar que hay allí cierta actividad... que no me atrevo a calificar. Hace varias noches me pareció ver algunas luces por entre las piedras, cuando yo regresaba de uno de mis paseos. Me detuve, sobresaltado, y luego, como atraído por una fuerza desconocida, fui acercándome a Lonely Rock. La noche era clara. Había luna llena, y el paisaje adquiría un relieve especial. Asustado, debo confesarlo, me agazapé tras un trozo de muralla semiderruida y observé. Una sombra bajaba de lo más alto del castillo. Una sombra envuelta en una capa negra que era agitada por el viento. Le brillaba el rostro como si la luz le naciera en la misma piel. Descendía por un sendero que al llegar a donde yo estaba torcía bruscamente. Yo sentía tanto miedo que, recuerdo, dejé hasta de respirar. La sombra pasó junto a mí, sin sospechar mi presencia, y solo entonces le reconocí: era Guy MacDonald, un viejo amigo muerto hace un par de

años. ¡Sí, muerto, señor Director! No desvarío. Y, sin embargo, estaba allí, al alcance de mi mano, como un espectro, mostrando unos dientes que me parecieron horribles. Cuando aquella aparición se hubo alejado, corrí a mí casa y me encerré. Tardé varios días en salir, y desde entonces he visto muchas veces algunas pálidas luces en Lonely Rock, pero ya no he tenido, valor para subir hasta allí y ver de qué se trataba. A nadie he contado lo que he visto, señor Director, salvo a usted, y aún no sé por qué lo hago. Quizá porque necesito algún consejo, pues desde entonces no vivo.

»Le saluda muy atentamente,

»Neil Dumbarton».

A Stanley Marton no le gustó que le llamara el director, «El Viejo», como le apodaban en el periódico. En realidad no le gustaba verlo cara a cara. «El Viejo» era un escocés perfecto; es decir, huraño, violento y avaro. Si hay algo de cierto en la teoría tibetana de la transmigración del alma, «El Viejo» tuvo que ser en épocas anteriores negrero y pirata, sucesivamente.

Además, era buen periodista.

Por eso olía una noticia antes de producirse.

—Stan —era peligroso que a uno de sus redactores le llamara con el diminutivo de su nombre de pila—. Stan, veo que no se calienta la cabeza últimamente.

—Espero que se haya dado cuenta de que *El Clarín* ha venido publicando la mejor información de la Conferencia, de Londres.

—¿A quién le interesa la política? —despreció.

—Todo el mundo está pendiente de...

No pudo continuar. Al «Viejo» se le erizaron las pobladas cejas y aulló:

—¡Solo interesan las cuestiones políticas y diplomáticas en vísperas de una guerra! Pero ahora no es ese el caso —parecía lamentar que no hubiera estallado hacía tiempo la tercera... y última guerra mundial—. Toda esa cuadrilla de charlatanes hambrientos que se han reunido aquí para no sé qué asunto no llegarían a un resultado inteligente ni aunque estuvieran hablando durante mil años. Y la gente lo sabe.

Stanley Marton se sintió como el más torpe y despreciable de los periodistas del mundo. Durante quince días no había dormido dos horas seguidas pendiente de la famosa Conferencia, y ahora resultaba que sus desvelos habían sido inútiles.

—La gente necesita algo más cálido, algo más humano, algo que llegue al corazón. El mundo está harto de guerras, cohetes, declaraciones de principios y amenazas. El hombre de la calle desea algo que él mismo pueda comprender, percibir y palpar.

—¿Por ejemplo? —Stanley consiguió dar un tono burlón a sus palabras.

—Esta carta. Saque de ahí un reportaje; mejor, una serie de reportajes. Y si consigue que ese muerto resucitado sea un vampiro, mucho mejor.

Stanley curvó los labios y miró críticamente a su jefe, diciéndole sin palabras todo lo que pensaba de su ética profesional.

—¿No le gusta el encargo? —añadió inocentemente el director.

—Nunca ha sido mi especialidad engañar a la gente. Lo que usted necesita es un escritor de novelas terroríficas, no un periodista.

—Escuche, hijo, no le pido que mienta. Tan solo que vea lo que hay detrás de esta carta.

—Se lo puedo decir sin trasladarme a Escocia: miedo. El tipo que ha escrito eso es un lunático. Apuesto algo a que vive solo y tiene accesos de melancolía. He oído decir que los escoceses son muy dados a estas tonterías.

Las cejas del director se arquearon y, por un momento, parecieron colgadas en lo alto de la frente.

—¿Se da cuenta de que soy escocés?

—Sí.

Contra lo que esperaba, «El Viejo» lanzó una carcajada que atronó el despacho.

—Tiene usted valor, hijo, no cabe duda. De manera que he acertado en elegirle a usted para que vaya a Mallaig, hable con Dumbarton y visiten juntos Lonely Rock.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé. Pero la gente no escribe una carta como esta sin haber algo de verdad en su historia. Se han hecho demasiados chistes en torno a los escoceses para que un escocés se arriesgue a hacer el ridículo de una manera tan absoluta.

—¿Quiere que le consiga algo parecido al monstruo de Loch Ness?

—Si es con fotografías, le pagaré lo que me pida. Y no se burle de Loch Ness ni de ninguna de las leyendas o tradiciones de Escocia... si quiere mantenerse íntegro en el país. Pase por Administración: he dado instrucciones para que le entreguen dinero a justificar.

—¿Y la Conferencia de Londres?

—Puede encargarse de ese trabajo cualquier rutinario redactor. Usted vale demasiado para enterrar su talento entre los cretinos de la Conferencia.

Era una forma de estímulo que al «Viejo» nunca le fallaba.

Stanley se vio obligado a sonreír, a pesar suyo. En un instante el resentimiento desapareció y, en su lugar, quedó un insaciable deseo de trabajo.

—¿Quiere dejarme esa carta? Me gustaría estudiarla antes de llegar a Mallaig.

—Claro, hijo. Y suerte. Busque bien y cuéntenos una buena historia para la primera página. Ah, y llévese su cámara fotográfica.

CAPÍTULO II

Lloviznaba cuando dejó atrás Arisaig, a unas diez millas de Mallaig. La estrecha y serpenteante carretera se adosó definitivamente a los rompientes de la costa, frente a las islas Rhum y Eigg cuyas siluetas se vislumbraban en lontananza, detrás de una neblina gris que rápidamente se espesó hasta ocultar por completo aquellos dos islotes de las Hébridas. Stanley Marton accionó el interruptor, y los limpiaparabrisas se pusieron en funcionamiento, con persistente siseo, ejerciendo su función animosamente.

—¡Qué tierra tan hosca! —gruñó Stanley, dando una chupada a su pipa de requemada cazoleta, que exhaló un prolongado gorgoteo, anunciando el final del tabaco.

El valiente coche deportivo tomaba las pendientes con un ronquido del motor que denunciaba su potencia. Era un bonito modelo rojo, de dos plazas, que había estrenado la temporada anterior, y con el cual había provocado la envidia de sus compañeros de Fleet Street y la admiración de incontables muchachas rubias en edad de buscar una grata compañía.

La lluvia arreció, produciendo un tamborileo lúgubre sobre la capota de lona del coche. Stanley, instintivamente, se subió las solapas del impermeable de nylon y miró hacia adelante, a la solitaria carretera que a cada instante parecía desembocar en un cortado, sobre el gris Canal de Sleat. Pensaba que no había información alguna en el mundo que mereciera un viaje tan largo e incómodo, pero obedecía órdenes del «Viejo», y estas jamás podían tomarse a broma.

La carretera volvió a subir, luego se dobló en una curva suicida y, súbitamente, al final de una pendiente, encontró las primeras casas de Mallaig, envueltas en una lluvia pertinaz. La carretera estaba trazada entre el mar y las casas, como si fuera un cinturón que ciñera a la pequeña ciudad. El mar estaba remansado por un pequeño puerto natural, al fondo del cual se erguían las chimeneas de alguna factoría, y a la derecha, en lo alto, se divisaba la vieja mole de una iglesia con sus torres pizarrosas clavándose en la niebla gris.

Stanley levantó el pie del acelerador y dejó que el coche siguiera suavemente por su propio impulso hasta que llegó a una especie de pequeña plaza donde pudo identificar el rótulo de una taberna.

Pegó el coche al toldo, cortó el encendido y bajó directamente debajo de la protección de lona para la lluvia.

—He aquí un lugar acogedor —masculló entre dientes, con punzante ironía, mirando las vacías calles, el silencioso puerto, las puertas inmóviles de las casas.

Estaba seguro de que un centenar de ojos seguían cada uno de sus movimientos, pero ni uno solo de sus ocasionales observadores movería un dedo si le viera en un apuro, allí mismo.

Se alisó el impermeable y empujó la puerta de la taberna. Cuatro viejos de poblados mostachos blancos y ojos diminutos pero fríos y penetrantes como un cuchillo de acero, eran los únicos clientes. Hablaban en dialecto escocés, una jerga difícil de captar.

Stanley se sintió examinado hasta los huesos por los cuatro ancianos y se dirigió al mostrador, donde el patrón sacaba brillo a los embellecedores de latón.

—Una cerveza, doble —especificó.

Le sirvieron una jarra sin una sola palabra. La conversación de los clientes se había convertido en un murmullo siseante, a su espalda. El patrón pareció haber terminado su trabajo porque dejó el paño y se refugió en el extremo más alejado del mostrador, cruzados los brazos y mirando desconfiadamente hacia el muchacho.

Este acabó su cerveza e hizo una seña. El patrón regresó y despegó los labios únicamente para decir el precio de la cerveza.

—Quiero saber algo más —sonrió Stanley—. ¿Dónde vive Horner?

El dueño del local miró al grupo de viejos y se humedeció los labios. Luego, como si le costase dolor físico hablar, le dio unas someras explicaciones.

—Siga recto, tercera calle, segunda casa.

No iba a conseguir nada más, así que dejó unas monedas sobre el mostrador, gruñó un saludo y salió. Los cristales mal ajustados de la puerta tintinearón al cerrar.

La calle estaba tan solitaria como antes. Los tejados de pizarra brillaban como hierro pulido. Las fachadas, las puertas, las piedras y hasta la misma calzada tenían idéntico tono gris plomizo, lúgubre y poco acogedor. Contra ese fondo monótono destacaba su convertible rojo como un grito en el silencio de un templo.

Se metió en el coche y se alejó de la taberna. La tercera calle estaba situada frente al mar, y la segunda casa tenía un portón con refuerzos de hierro forjado.

Frenó ante él y se ciñó mejor el impermeable porque ahora no tendría ninguna protección al salir del vehículo.

Descendió de él. La lluvia que le azotó el rostro era fría. Stanley contuvo un estremecimiento y se pegó al portón. Había un llamador de grandes proporciones que dejó caer sonoramente. Pasaron cinco minutos antes de que se oyera descorrer un cerrojo. Para entonces, estaba empapado. El agua se había deslizado por el cuello de la camisa y resbalado por la espalda con absoluto desprecio para su confort.

Se abrió la pesada puerta y apareció una muchacha de rubios cabellos, cutis suave y luminosos ojos verdes que se mostraban desconfiados.

—¿Horner? —preguntó Stanley.

—Yo soy. ¿Qué desea?

El periodista parpadeó. No esperaba aquello. Nunca hubiera sospechado que el «Viejo» hubiera contratado los servicios de una corresponsal tan bonita.

—Estoy mojándome hasta los huesos. ¿Puedo pasar?

Ella vaciló pero al fin se apartó permitiéndole el acceso al portal.

—Mi nombre es Stanley Marton, de *El Clarín*. Es usted muy bonita. Demasiado, para un buen corresponsal. En la redacción teníamos la tonta idea de que Horner era un tipo bigotudo, malcarado y serio...

—Y acertaron ustedes —afirmó un vozarrón a su espalda.

Se volvió, sorprendido. Tras los enhiestos bigotes había un rostro poco amistoso. Stanley carraspeó y paseó su mirada del rostro femenino al del que acababa de hablar.

—Papá, creo que este señor viene a verte. Con su permiso... —se inclinó levemente, y desapareció tan sigilosamente como una sombra.

Stanley se humedeció los labios, comprendiendo lo desairado de su postura.

—Bien, señor Horner. Creo que ya sabe quién soy. Encantado de conocerle.

—Sí —los bigotes parecieron temblar de indignación—. Usted pertenece a esa clase de periodistas cínicos que circulan por ahí... Jovenzuelos inexpertos y sin principios... ¿Qué es lo que quiere de mí?

Stanley se irguió, como espoleado. Ciertamente no había sido muy correcto, pero la actitud de Horner era notoriamente inconveniente.

—Le ruego me disculpe, si mis palabras han podido ofenderle. Fue solo una galantería.

—No me gustan las frivolidades. Y le he hecho una pregunta, joven.

Continuaban de pie, en el vestíbulo. No podía decirse que Horner se mostrara amistoso, cordial ni, siquiera educado. La impresión que a través de sus crónicas habían sacado de él en la redacción quedaba ampliamente superada por la realidad.

—Se trata de Neil Dumbarton. Pero quizá tenga usted algún lugar en su casa que nos permita hablar más cómodamente que aquí, de pie y mojado... —apuntó con indudable ironía y mordacidad.

Horner pareció haber recibido una bofetada en pleno rostro pero no replicó. Durante un instante clavó su acerada mirada en el rostro del muchacho y al fin se volvió en redondo y empezó a caminar pesadamente. Stanley le siguió, satisfecho por haber roto la cerrada rigidez del corresponsal.

Entraron en un severo despacho-biblioteca, cuyas paredes estaban cubiertas por armarios repletos de libros. Una mesa enorme, unos sillones ante la chimenea donde ardían unos troncos y una mesita donde se alineaban diversas marcas de *whisky* eran los complementos precisos a la

poco acogedora estancia.

—¿Ha dicho Neil Dumbarton? ¿Qué ocurre con ese viejo loco?

—Nos ha escrito una carta—Stanley se despojó del impermeable y se situó ante el fuego tratando de entrar en calor—. Una carta muy peculiar.

—¿Qué decía?

—Nos hablaba de algunas cosas extrañas que había observado en Lonely Rock.

Los ojos de Horner eran como los de un gato al acecho.

—¿Lonely Rock? ¿Y qué puede saber él de ese paraje?

—Al parecer ha observado ciertas anomalías en esas ruinas. Él hablaba de apariciones... de un muerto que ha visto caminar por allí...

—¿Un... muerto? —Horner se irguió.

—Sí; un tal Guy Mac Donald. ¿Lo conocía usted?

—Murió hace dos años.

—Sí; Dumbarton nos lo decía en su carta.

—¿Y pretende haberlo visto caminar por Lonely Rock?

—En efecto.

—Desvaría.

—El director quiere que averigüe qué hay de cierto en tal historia.

—¿Y qué les importa a los lectores de *El Clarín* una cosa tan estúpida como esa?

—Si hay un misterio en Lonely Rock puede ser una buena noticia. Y todo periódico anda a la casa de buenas noticias.

—¿Qué espera encontrar en el fondo de este asunto?

—No sé. Pero la Humanidad ha progresado mucho en determinados sectores de la ciencia, sin que haya avanzado un solo paso en otros. He leído demasiadas cosas misteriosas en mi vida para que no comprenda que en Lonely Rock puede encontrarse una de las claves del conocimiento humano. ¿Sabemos acaso algo de los misterios de la vida y de la muerte? Guy Mac Donald murió según usted mismo afirma, pero ha sido visto hace pocos días. Eso quiere decir que no murió realmente.

—¡Yo vi su cadáver!

—Y Dumbarton lo ha visto vivo, con una luz espectral en el rostro y descendiendo de Lonely Rock envuelto en una capa, bajo la luz de la luna.

—¿Ustedes, en Londres, creen en vampiros? —rió Horner cavernosamente.

—Nadie ha podido decir la última palabra sobre ese fenómeno que ha conmocionado a muchos pueblos a lo largo de la historia. Desde la Europa Central a Inglaterra, las historias de vampiros se suceden con harta frecuencia en los siglos pasados.

—¡Pero no en la era atómica!

—Eso trato de comprobar.

—¡Me parece estúpido!

—En todo caso cumplo órdenes de mi director, señor Horner. ¿Quiere

usted ayudarme?

—¿Es una orden del director?

—No, puesto que me ha encargado a mí el trabajo. Le pido su colaboración como colega.

—No puedo perder el tiempo de una forma tan estúpida.

Stanley recogió su impermeable.

—En ese caso... discúlpeme por las molestias que le he ocasionado.

Se dirigió a la puerta, pero antes de salir oyó a Horner que le llamaba.

—Haré algo por usted: le presentaré a Neil Dumbarton.

Pasó ante él, cogió un chubasquero de una percha del vestíbulo y abrió el portón.

La muchacha rubia que abriera la puerta a Stanley apareció del fondo del vestíbulo.

—¿Vas a salir con este tiempo, papá?

—Sí; volveré enseguida.

Stanley miró a la hija de Horner. Tenía una belleza serena que cautivaba. Sus cabellos rubios formaban como un halo irreal en torno a su rostro de trazos correctos, y a pesar del atuendo que lucía, demasiado tosco y deportivo, podía apreciarse la calidad y perfección de su silueta. El grueso suéter se adhería a su busto con una secreta complicidad que, sin duda, agradaba a su dueña, y permitía apreciar la brevedad de su cintura. La corta falda ofrecía el panorama encantador de unas largas y esbeltas piernas, de muchacha habituada a la vida activa.

—Encantado de haberla conocido, señorita Horner.

Ella le sonrió, divertida por algo que no podía adivinar, a juzgar por la picardía que brillaba en sus ojos verdes.

Salieron a la calle, y Stanley le abrió la portezuela del coche a Horner. Este se acomodó y cuando el muchacho se situó tras el volante, oyó que graznaba:

—Así es la vida: ustedes lucen coches lujosos como este, mientras que a un honrado y fiel corresponsal le dan un puñado de calderilla.

Stanley prefirió ignorar la observación para no descender a pormenorizar la diferencia que existía entre un reportero de primera y un corresponsal insignificante.

Siguiendo las instrucciones de Horner salió del pueblo y enfiló el coche por una ladera llena de barro, encarada al mar. Al cabo de diez minutos de maniobrar para proteger en lo posible la suspensión, avistó una especie de cabaña que en aquel instante estaba siendo batida furiosamente por la lluvia.

—Ahí vive ese Dumbarton —gruñó Horner.

Por el tono que empleó, Stanley comprendió que lo despreciaba profundamente.

—Parece una cabaña.

—Lo es. Y algo peor. Dumbarton es un viejo borrachín y mentiroso.

Lamento que haya hecho un viaje tan largo por una cosa tan estúpida. Si me hubieran consultado... Claro que un corresponsal como yo no debe ser de mucha utilidad en un periódico como *El Clarín*...

Se le adivinaba resentido, y Stanley tuvo que admitir que no le faltaban razones.

—Creo que exagera, señor Horner; el director sin duda pensó...

Pero el corresponsal estaba lanzado.

—¡Al diablo con ese viejo pirata! Le conozco muy bien, y él a mí. Por eso no congeniamos. Me odia porque sé que hace unos años no era nada y ahora es un magnate del periodismo. Pero no se atreve a echarme de su nómina. Sin embargo, hace lo que puede por ofenderme: no publica lo que envío, o cuando lo inserta lo hace en la peor página, o lo recorta y transforma hasta el punto de que yo mismo me sorprendo de mis crónicas... ¡Pero esto ha sido demasiado! ¡Si en Mallaig había una noticia me correspondía a mí! Es mi demarcación, ¿se entera?

—Sí, señor.

—Supongo que usted es uno de esos aduladores que se ganan un puesto a base de codazos al compañero y cepillar la chaqueta de sus superiores. Le diré una cosa: yo no soy de esos. ¡Vivo de otra cosa que no es el periodismo! ¡Al diablo con la prensa, *El Clarín* y usted mismo!

Stanley no contestó, demasiado ocupado en sortear un bache tan grande como una piscina.

—Yo les hubiera dicho que Dumbarton es un visionario, un charlatán, un borracho y un vago. Yo les hubiera desengañado, ahorrando unos cientos de libras al periódico. Pero me han echado a un lado y yo haré lo propio ahora: ¡díglele al director que puede disponer de mi puesto! ¡Desde ahora ya no soy corresponsal!

—Señor Horner, usted está indignado y no es aconsejable tomar determinaciones sin haberlas madurado lo suficiente...

Frenó y salió del coche. Horner le imitó. El muchacho, bajo la lluvia, corrió a guarecerse junto a la puerta de la cabaña, a la que llamó. Horner se puso junto a él, encendido el rostro por la cólera.

—¡No necesito los consejos de usted, joven! —chilló todavía.

La puerta se abrió, y el propio Neil Dumbarton apareció en ella. Su aspecto no era nada tranquilizador, y Stanley pensó que Horner podía tener razón. Dumbarton estaba sin afeitar, iba increíblemente sucio y su cabaña no presentaba mejor aspecto.

—Este es Stanley Marton, del periódico *El Clarín* —presentó Horner—. Dice que tú has escrito una carta hablando de Guy MacDonald, pero yo acabo de decirle que eres un viejo borracho, charlatán y mentiroso. ¿Es verdad o no?

Horner le empujó y entró bajo la protección de la cabaña. Stanley sonrió tranquilizadamente a Dumbarton que se había puesto muy pálido al escuchar a Horner.

—Yo... verás, Horner, no sé de qué me hablas...

—¿No, eh, viejo loco? ¿Por qué vas contando mentiras a la gente?

Stanley terció.

—Preferiría hacer yo las preguntas, Horner.

—Ah, claro, me olvidaba que ya no pertenezco al *Clarín* y que esta no es ya mi demarcación.

Se dirigió a la puerta, pero el muchacho le retuvo.

—No se vaya, señor Horner, no he querido ofenderle. Vamos a ver, señor Dumbarton, tenemos una carta de usted en la que nos hablaba...

—¡Yo no he escrito ninguna carta! —chilló con su voz aguda el extraño habitante de la cabaña.

El muchacho giró una mirada de inspección por la única habitación de la cabaña, que era dormitorio, cocina y cuarto de estar, todo en una pieza, y además fabulosamente sucia y revuelta.

—La he traído, señor Dumbarton, porque precisamente quería que usted me aclarase algunos extremos de la misma.

La sacó de uno de sus bolsillos y la mostró al viejo chiflado.

Este la cogió ansiosamente y la miró. Luego, antes de que Stanley pudiera impedirlo, la rompió en varios pedazos y la arrojó al fuego que crepitaba en el hogar.

—¡Es falsa! ¡Absolutamente falsa! ¡Yo no lo he escrito! ¡No sé una palabra de lo que se dice aquí! ¡Es todo mentira! ¿Por qué quiere usted comprometerme?

El muchacho parpadeó, asombrado por aquella explosión de cólera tras la que se ocultaba un temor demasiado grande. Horner, desde la puerta, contemplaba la escena, inmóvil como una estatua.

—¿No le parece extraño que alguien haya tomado su nombre para inventar una historia tan tonta, señor Dumbarton? —preguntó, haciendo un esfuerzo por contenerse.

—¡No lo sé! ¡Yo no me meto con nadie! Hace años que vivo aquí, solo, y desde entonces no tengo muchos tratos con la gente de por aquí. Ni quiero. Así que déjeme tranquilo y váyanse.

Horner se arrebujó mejor en su chubasquero y gruñó.

—Ya lo ha visto. Vuelva a Londres y cuénteles al estúpido de su director todo lo que le he dicho y lo que acaba de averiguar. ¡Y no se olvide de mi dimisión!

Salió acto seguido, sin importarle la lluvia. Stanley tras él.

—¡Aguarde! ¡Le llevaré!

—¡No me es grata su compañía! —fue la hosca respuesta antes de chapotear en el barro.

El muchacho se volvió hacía Dumbarton, encolerizado realmente. Este miraba ansiosamente al camino por el que había desaparecido Horner.

—¡Lárguese! ¡No quiero que me molesten! —chilló con excesiva fuerza, sin duda para que su voz penetrara la ruidosa cortina de lluvia, y

acto seguido, más bajo, susurró—: No haga caso de mis palabras. Toda la carta es verdad. Y más. Sé lo contaré esta tarde. Vaya a Lonely Rock. Solo. Yo le aguardaré allí. Y haga como yo: no confíe en nadie.

Le empujó con sus sarmentosas manos para que se marchará, y Stanley montó en su coche, todavía bajo los efectos de la extraña escena que acababa de presenciar.

Le fue difícil volver el coche en la estrecha senda, con la amenaza del cortado que caía al mar casi en el mismo borde del camino, pero al fin enderezó el coche y emprendió el descenso, de regreso a Mallaig.

Le extrañó no encontrar a Horner por el camino, pero supuso que habría seguido alguna senda para acortar la distancia, y unos minutos después entraba en Mallaig al tiempo que amainaba la lluvia.

Recorriendo las estrechas callejas llegó a la plaza mayor donde, como suponía, no podía por menos que existir un hotel, seguramente el mejor de toda la comarca.

Efectivamente, allí se alzaban los tres pisos del «Highlands Inn», cuyo rótulo abarcaba la amplia arcada de la puerta principal. El interior era mucho más confortable de lo que su fachada permitía esperar, y al serle mostrada su habitación se sintió recompensado por tan largo viaje. Era el tipo de alojamiento que siempre había preferido. Una amplia alcoba de paredes forradas de madera, una chimenea con repisa de mármol donde se alineaban pequeños objetos de arte, una buena provisión de troncos, un cuarto de baño de principios de siglo, pero en buen uso y sumamente confortable, y una mesa de trabajo ante un amplio ventanal con gruesas cortinas.

—Espero que le guste, señor —dijo la propietaria, la señora Morven, una escocesa gruesa, coloradota y parlanchina, que irradiaba sentimientos maternos por todos sus poros—. ¿Estará mucho tiempo con nosotros?

—Lo ignoro todavía, señora Morven —sonrió Stanley—. Depende de ciertos asuntos. ¿Conoce usted al señor Horner?

—Aquí nos conocemos todos. ¿Ha venido para entrevistarse con él?

—Pertenezco a la redacción de *El Clarín*.

—Oh, son colegas ustedes dos. ¿Escribe usted en el periódico? —preguntó, súbitamente interesada.

—Naturalmente.

—¡Qué profesión tan hermosa! Debe ser apasionante.

—Sobre todo, fatigosa.

—Siempre viajando y conociendo las noticias antes que nadie...

Era evidente que la señora Morven tenía debilidad por conocer la vida de los demás. Stanley se dijo que no podía haber encontrado mejor auxiliar para introducirse en Mallaig.

—¿Qué tal persona es el señor Horner?

La posadera vaciló, momentáneamente indecisa sobre si debía confiarse al forastero.

—Es... muy buena persona —su prudencia prevaleció al fin.

—Acabo de verle. Hemos disputado y creo que ya no podemos considerarnos amigos —puntualizó el muchacho.

La señora Morven abrió los ojos al máximo y, confidencia por confidencia, aclaró:

—Muy buena persona... pero excesivamente violento. Tiene pocos amigos en Mallaig. A decir verdad, ninguno. Desde que murió su pobre mujer hace cuatro o cinco años, se le ha agriado el carácter. Aunque no puede decirse que anteriormente fuera mucho mejor. Su mujer era muy amiga mía y a veces me contaba lo que debía soportar de él... Dina lleva el mismo camino que su madre.

—¿Dina?

—Su hija, es muy linda. Quizá la ha conocido.

—Sí; la he visto unos instantes. ¿A qué se dedica el señor Horner?

—Tiene una fábrica de salazones. Es el que peor paga a los pescadores y el que da sueldos más bajos a las operarias de la fábrica, pero siempre tiene quien le trabaje.

Stanley abrió la maleta y sacó de ella uno de los frasquitos de perfume que siempre llevaba consigo por si debía obsequiar a alguna de sus conquistas.

—Es usted tan extraordinariamente amable, señora Morven, que quiero guarde un recuerdo mío. Le ruego lo acepte.

Ella cogió el frasquito, lo miró y se le encendieron las mejillas.

—¡Perfume... francés! —susurró—. Oh, señor Marión, es demasiado... No puedo aceptarlo.

—Por favor... Además, para tranquilizar su conciencia, le diré que voy a pedirle su ayuda. De esa forma no habrá regalo alguno, sino una mutua gentileza.

La señora Morven acarició con mayor agrado su perfume e inquirió:

—¿En qué puedo auxiliarle?

—Me bastará con que me dé algunos informes. ¿Qué opina de Neil Dumbarton?

—Es un pobre diablo.

—¿De qué vive?

—No trabaja, pero nunca le falta lo imprescindible. Dicen que tiene algunos ahorros que solo él sabe dónde esconde. ¿Por qué le interesa Dumbarton?

—Nos escribió una carta un tanto extraña. Decía en ella que había visto algo raro en Lonely Rock.

Con sorpresa advirtió que la señora Morven respingaba al oír aquel nombre y se ponía pálida.

—¿Qué le ocurre?

—No; nada... Es que acabo de recordar que tengo que revisar el menú de la cena.

Stanley se situó ante la puerta, impidiéndole salir.

—¿Qué le asusta de Lonely Rock?

—Nada. ¿Por qué habría de asustarme...?

—Hace unos minutos era usted mucho más expansiva, hasta que he mencionado esas viejas ruinas. ¿Por qué?

—Soy supersticiosa. No me gusta aquel lugar.

—¿Qué le sucede?

—Está... maldito. No sé. Nadie de Mallaig se atrevería a ir hasta allí.

—¿Existe alguna leyenda en torno al castillo?

No respondió, pero por la forma de bajar la mirada Stanley comprendió que había acertado.

—Soy escritor, señora Morven, y me agradecería que me la contara.

—¡No! —casi gritó—. Yo no sé, no puedo... Discúlpeme, señor Marton.

No podía retenerla más sin violentarla y se apartó de la puerta. La posadera le miró un instante. Luego, temblorosa la mano, dejó el frasquito de perfume sobre la cómoda y salió corriendo.

CAPÍTULO III

Cuando abandonó la habitación después de asearse, encontró la posada extrañamente silenciosa. Al descender a la planta baja crujieron los escalones quejumbrosamente, pero aun así no encontró a la señora Morven en el vestíbulo, como esperaba. Se detuvo unos instantes allí, fijándose en los detalles de confort y buen gusto que denotaban unos buenos ingresos, insólitos por otra parte en un pueblo como Mallaig.

Sobre el mostrador de recepción había un timbre. Stanley lo pulsó, pero aunque aguardó algún tiempo nadie respondió a su llamada. Parecía como si la posada se hallara desierta a pesar de que tenía la sensación de que unos ojos penetrantes le observaban desde algún rincón del severo vestíbulo.

Volvió la cabeza repentinamente y vio que el tirador de bronce de una de las puertas giraba silenciosamente.

Sin pensarlo dos veces corrió hacia allí y empujó la pesada hoja de madera. Casi cayó por la fuerza de su impulso al no hallar la resistencia que esperaba. Tropezó con la pared opuesta del pasillo y recobró el equilibrio. No había nadie a todo lo largo del corredor, pero hubiera jurado que hasta sus oídos llegaba el rumor de unos pasos precipitados. Unos pasos por lo demás fáciles de identificar porque pertenecían a un cojo que arrastraba una pierna y golpeaba con la otra el ruidoso suelo de madera, produciendo un siseo enervante que terminaba en un sonido seco: *Sssss... Cloc. Sssss... Cloc.*

Se pasó una mano por el rostro y encontró unas gotas de sudor en la frente. Aquello le encolerizó mucho más que el fenómeno del que acababa de ser víctima, porque indicaba que a pesar suyo se había dejado impresionar por él.

Furioso, corrió por el pasillo decidido a registrar la posada desde el sótano al tejado hasta encontrar al cojo y convencerse por sí mismo de que no era una alucinación.

Al girar en el primer recodo del pasillo tropezó con la señora Morven con tal violencia que ambos hubieran caído de no haberla sujetado por los hombros.

—¡Señor Marton! —chilló ella.

—Perdóneme, señora Morven —jadeó Stanley—. No esperaba hallarla aquí. La llamé y como no acudió supuse que la posada estaba vacía...

La soltó y retrocedió un paso, agitado todavía por la carrera.

—¿Y cuál es el motivo de esta intrusión y de la prisa que llevaba?

—Verá... Estaba en el vestíbulo cuando noté que alguien me observaba. Vi cerrarse una puerta y corrí hacia ella: era la que comunica este pasillo con el *hall* de entrada, pero no había nadie. Sin embargo, noté unos pasos

precipitados, unos pasos extraños, cómo de un cojo...

—¿Qué?

La señora Morven no pudo contener el grito, perdió el color y le fallaron las piernas. Instintivamente Stanley alargó las manos para sujetarla y ello impidió que la posadera cayese cuan larga era.

—¿Qué le ocurre? ¡Señor Morven! ¿Se encuentra bien? ¡Vamos, haga un esfuerzo...!

Ella jadeaba y había perdido el tono sonrosado de sus mejillas. Los ojos giraban en las órbitas y entreabría la boca espasmódicamente mientras su lengua trataba de musitar algo.

Stanley le sujetó con una mano mientras con la otra aplicaba una serie de cortos cachetes en las mejillas de la buena mujer para hacerla reaccionar.

El remedio surtió su efecto, y unos instantes después la posadera se mantenía en pie nuevamente, aunque muy debilitada.

—Se lo ruego, señor Marton, márchese, váyase de mi posada. Recoja su equipaje y búsquese otro alojamiento.

—Pero... ¿por qué?

—Él ha regresado... Habrá desgracias... Soy una pobre mujer indefensa y martirizada... Si es usted un caballero váyase.

Era patético su tono, anhelante su expresión. Luego, apoyándose en la pared, caminó unos pasos hasta abrir una puerta y recostada en el marco aún tuvo fuerzas para volverse y rogar:

—Habrá desgracias... ¡Coja su equipaje y márchese!

Luego desapareció.

Stanley cerró los ojos un instante, demasiado afectado por aquella dramática escena, y luego volvió a frotarse las mejillas. Un silencio opresivo había sustituido a las súplicas de la señora Morven. Un silencio pesado y nada grato. De pronto, advirtió en la vieja posada algo que le había pasado desapercibido en la primera impresión: había una atmósfera desagradable, como si en su interior hubiera muerto toda alegría y esperanza, como si un secreto inconfesable hubiese sido ahogado entre sus muros.

Salió del pasillo, cruzó el vestíbulo y se encontró en la plaza. Allí, a pesar de la neblina, de la amenaza de lluvia y del color plomizo de cuanto abarcaba su vista, pudo respirar libremente, llenándose los pulmones con la fresca brisa que llegaba del mar.

—¡Señor Marton!

Se volvió al oír su nombre en labios femeninos.

En la puerta contigua a la posada, correspondiente a un edificio de similares proporciones, estaba Dina Horner, acompañada por una mujer todavía joven y muy hermosa.

Dina se apartó de su amiga y fue al encuentro de Stanley, tendiéndole su mano.

—Quiero ofrecerle disculpas en nombre de mi padre, señor Marton —dijo ella con sencillez.

—¿Le ha enviado él?

—¡Oh, no!

—Es demasiado orgulloso para eso, ¿verdad? —Stanley aceptó aquella mano y la estrechó entre las dos suyas—. En ese caso, no debe rebajarse usted en su lugar. Además, no ha ocurrido nada grave. Aunque me alegro que usted lo haya creído porque así he tenido el placer de volver a verla.

Dina bajó la mirada y tiró suavemente de su mano, haciéndole notar que el saludo se prolongaba indebidamente.

—Él es un hombre bueno, señor Marton.

—Estoy seguro de ello, viéndola a usted. Pero no me trate con tanta ceremonia.

La amiga de Dina preguntó:

—¿No vas a presentarnos, querida?

La muchacha dejó de mirar a Stanley para hacer las presentaciones. El periodista, al aceptar la mano de la pelirroja, se dijo que era una de las mujeres más extrañas y seductoras que había conocido en su vida.

—Mi amiga, Morag MacLeod —especificó Dina.

Stanley sostuvo la penetrante mirada femenina y luego la detalló sin prisas. Sus labios eran gruesos y rojos, decididamente sensuales, y en su cuerpo había distinción y refinamiento a la par que una pujanza que solo una sangre cálida puede proporcionar. Tenía más edad que Dina y, posiblemente, más que el propio Stanley, pero aquello le proporcionaba un nuevo atractivo.

—¿Morag? —inquirió Stanley.

—Es el equivalente escocés de Sarah —ella rio—. ¿No lo sabía?

—Me agrada ser su discípulo —respondió al tiempo que miraba las manos femeninas.

—¿Qué busca, señor Marton?

—Un anillo, una alianza.

—No lo encontrará.

Parecía muy divertida.

—¿Qué les ocurre a los hombres de Escocia? ¿No saben apreciar lo que tienen?

Morag cogió del brazo a Stanley y le empujó hacia el interior de la casa.

—Quizá no toda la culpa sea de ellos —respondió, chispeándole los luminosos ojos—. Tienes un amigo muy divertido, Dina. ¿No quiere tomar algo? Tenemos fama de un buen *whisky*.

—Lo aceptaré.

Dina estaba nerviosa.

—Debo marcharme, Morag. Mi padre...

—¡Oh, qué hombre tan huraño...!

—Ya sabes cómo es. Le dejo en buenas manos, Stanley.

La muchacha salió con grácil paso, que Stanley siguió hasta que la perdió de vista. Morag, a su lado, comentó:

—Muy bonita, ¿verdad?

El periodista volvió sus ojos hacia la bella pelirroja.

—Demasiado niña, quizá.

Morag le sonrió y estiró el suéter que la ceñía, en gesto instintivo, haciendo aún más patente la pujanza de sus líneas.

—¿Qué hace un periodista en Mallaig?

—Buscar una noticia.

—¿De qué tipo?

—Algo relacionado con Lonely Rock. Usted parece una mujer inteligente, de modo que quizá podrá hablarme de ese viejo castillo.

—¿Ha dicho Lonely Rock?

—Sí; ¿le asusta mencionarlo?

—No.

—Menos mal. Desde que he llegado, todos han mostrado idéntico temor supersticioso.

—Más que nadie la señora Morven, ¿no es cierto? Porque imagino que la habrá interrogado.

—Así es. Además de bonita es usted observadora, Morag.

Ella le ofreció un vaso con *whisky* y para hacerlo tuvo que acercarse a él. Lo hizo quizá demasiado. El caso es que Stanley la encontró tan próxima y tan exquisita que olvidó el *whisky* y abarcó la cintura femenina.

Sus manos se sorprendieron al encontrarla flexible y dúctil. Morag no se retiró. Continuó acercándose hasta reposar sobre él y luego le besó.

La caricia resultó enervante.

—Atrevido —refunfuñó blandamente.

Stanley tomó el vaso y bebió brevemente, mirándola por encima del borde del cristal.

—¿Qué hace usted en un villorrio como Mallaig? —preguntó, sin dejar de observarla.

Morag se había servido también *whisky*, y antes de responder se acurrucó en un sillón de cuero, ante la chimenea. Parecía un felino perezoso y lleno de caprichos. En aquella postura, la falda no podía cubrir las piernas, pero no prestó atención a aquel detalle. Eran largas y bien formadas, y, por lo que se adivinaba, correspondían a la perfección del cuerpo.

—Soy la última descendiente de una gran familia, uno de los clanes más poderosos de los Highlands. Por tanto, soy también la heredera. Mi patrimonio es extenso y debo cuidarlo.

—Iba usted a contarme algo de Lonely Rock.

—¡Oh, el instinto profesional de los periodistas! —abominó—. Jamás olvidan su trabajo, ni aun con una mujer.

Stanley dejó el vaso en una mesa y rodeó el sillón de Morag. Una vez a su espalda, posó sus manos en los hombros femeninos y la sintió estremecerse bajo el suéter. Luego se inclinó y la besó en la oreja.

—Es un veneno en la sangre.

Luego se apartó y dio una vuelta por el amplio salón. Las maderas ricas, las pesadas cortinas, la gruesa alfombra y los muebles antiguos y valiosos pregonaban la grandeza del clan de los MacLeod.

—Se cuentan historias espeluznantes en torno a Lonely Rock —empezó ella—. ¿De verdad le interesan?

—Sí.

—No debió nunca hacer caso de esa caita de Dumbarton.

—¿Está enterada?

—Dina me lo ha contado. Su padre le ha dicho el motivo por el que dejaba la corresponsalía de *El Clarín*. Creo que por una vez Horner tiene razón: ustedes debieron consultarle.

—Es cosa del director. Pero me hablaba de Lonely Rock.

—¡Qué obstinado!

Se levantó del sillón y fue a un ventanal para mirar la calle, dando la espalda al muchacho.

—La leyenda cuenta que cuando Lonely Rock estaba habitado vivían en él dos hermanos con sus correspondientes familias. El mayor, lógicamente, era el heredero del patrimonio, pero el menor no se conformó y un día le envenenó. Pasaron los años, y cuando ya casi se había olvidado aquel drama, un día se presentó en el castillo un desconocido al que ninguno de los criados recordaba. Era de noche y la familia estaba cenando. Había algo en aquel hombre que anulaba las voluntades, y los criados no supieron impedirle el paso hasta el comedor familiar. En él, presidiendo la cena, se hallaba el hermano fraticida, rodeado de su mujer y de sus hijos y familiares. El desconocido entró y al punto nadie le reconoció, pero sintieron como si una sombra helada hubiera pasado por la estancia. Durante unos instantes nadie habló. Luego, el recién llegado, cruzó el comedor y se sentó junto al fraticida y le hizo una seña. Entonces, y solo entonces, comprendieron todos que se hallaban frente al primogénito asesinado. Cuentan que aquella noche el entonces dueño del castillo se sintió sofocado en el lecho al tiempo que unos clientes agudísimos se le clavaban en el cuello. Desesperado, pudo gritar y revolverse, y cuando acudieron los criados vieron con horror que su amo estaba bañado en sangre procedente de dos orificios que tenía en el cuello, bajo la oreja izquierda. El terror cundió. El fraticida comprendiendo lo que había ocurrido, y aunque muy débil, ordenó que abrieran la tumba de su hermano. Así lo hicieron a la luz de la luna, y al destapar el ataúd pudieron comprobar que el primogénito asesinado años atrás parecía dormido, flexibles sus articulaciones, cálido el cuerpo y manchados los labios de sangre todavía fresca... Era un vampiro... No perdieron mucho tiempo. Lo

sacaron de la sepultura, y le cortaron la cabeza. Al hacerlo, manó sangre abundante, como si en verdad estuviera con vida, y luego le traspasaron el corazón con una cuña de madera. Por último, volvieron a meterlo en la fosa y la llenaron de cal viva para que se completara rápidamente la destrucción del vampiro...

Las últimas palabras no habían sido más que un susurro agitado que atrajo a la estancia un aire de inquietud y misterio.

Stanley carraspeó.

—Una historia muy truculenta.

—Emplea un tono burlón para decirlo, pero a su pesar está impresionado, Stanley. Lo mismo que las gentes de estos lugares.

—¿Va a decirme que cree en eso?

—No importa lo que yo piense, sino la opinión que usted mismo se forje. Decimos que no puedo ser verdad, porque nos horroriza admitirlo. Sin embargo, hay cosas que nos hacen dudar.

—¿Qué cosas?

—Desde entonces, en Mallaig ha habido casos de vampirismo.

—¡Está bromeando!

—Nada más lejos de mi intención, puesto que hemos empezado a tratar de este tema. ¿No decía Neil Dumbarton en su carta que había visto a Guy MacDonald pasear por las ruinas de Lonely Rock?

—Horner afirma que Dumbarton miente. Además, ¿qué relación puede existir entre aquellos habitantes del castillo y la actualidad?

—Usted ya sabe que una persona atacada por un vampiro, se convierte a su vez en vampiro.

Morag se volvió y le miró con intensidad a los ojos; Stanley advirtió una fosforescencia especial en aquella mirada, como si un fuego interior la alimentase.

—El fraticida se convirtió en vampiro, y ese fue su mayor castigo; languidecía a ojos vistas, como si no se alimentara, como si le faltara lo más necesario para vivir. Él se daba cuenta de la locura que enturbiaba su cerebro, haciéndole acechar a las jovencitas que caminaban solas por el bosque, o a los niños que se alejaban de sus amas, mientras sentía una infernal sed de sangre que apenas podía controlar. Un día atacó a uno de sus sobrinos, y entre toda la familia le mataron, haciendo con su cadáver lo mismo que habían hecho con el del primogénito. Pero la semilla del vampirismo ya estaba lanzada, y desde entonces Mallaig ha tenido por maldito Lonely Rock.

Stanley apretó los puños y se dirigió a la puerta.

—¡Se está burlando de mí!

Morag dejó escapar una risita.

—¿Tiene miedo, Stanley? ¿Por qué no sigue haciéndome preguntas en torno a Lonely Rock? Si duda de mis palabras, ¿por qué no hace que la señora Morven le hable de su marido?

El muchacho so volvió y desde la puerta inquirió:

—¿Qué ocurrió con él?

—Era un hombre muy escéptico y violento. Maltrataba a su esposa porque esta tenía miedo de Lonely Rock. Un día le obligó a ir con él para curarla de sus temores, que él afirmaba eran infundados. Discutieron, se pelearon, la golpeó y casi a rastras la hizo subir por la vereda que conduce a las ruinas, pero allí les salió al paso Guy MacDonald e impidió que Morven maltratara más a su mujer. Hizo que la soltara y la pobre mujer volvió a la carrera al pueblo, casi loca por el miedo que había pasado. MacDonald la acompañó y contó lo ocurrido. Pero ya no volvieron a ver a Morven vivo. Después de dos días, que la señora Morven pasó en cama, atendida por el médico y varias vecinas, un pastor encontró a Morven al pie del acantilado, muerto, sin señales de violencia alguna, como si no hubiera caído por las rocas. Solamente en su cuello, dos pequeñas señales sangrientas demostraban que el vampiro de Lonely Rock no era una fantasía.

—¿Qué dijo el médico?

—No pudo determinar la causa de la muerte. A no ser que se tratara de un fallo del corazón.

—¿Y esas marcas?

—Todo el mundo en Mallaig supo a qué se debían. El médico habló de algún insecto, pero nadie le creyó.

—¿No investigaron en Lonely Rock?

—Es imposible encontrar a alguien por esta comarca que esté dispuesto a subir a ese lugar. En los últimos años solo lo han hecho Morven, aun con su pierna lisiada, y Guy MacDonald. Pero ninguno de los dos vive ya.

—¿Dice que Morven tenía una pierna... anormal? ¿Era cojo?

—Sí; arrastraba una pierna al andar, y con la otra producía un golpe seco que me crispaba los nervios.

Stanley tuvo que sujetarse al tirador de la puerta, afectado a pesar suyo. Se decía que era una estupidez, que no podían ocurrir cosas como aquella, pero la densa atmósfera de temores y supersticiones había acabado por afectarle también.

—¿Qué le ocurre, Stanley? —preguntó Morag, solícita, acudiendo a él.

El muchacho cerró los ojos un instante, respirando con fuerza para librarse de aquella hipnótica sensación de ahogo e irrealdad.

—Cuando salía de la posada, sentí que alguien me observaba... Miré a una puerta y vi moverse la manecilla. Quise saber quién me espiaba, pero no encontré a nadie. Sin embargo, oí unos pasos característicos, los pasos de un cojo que huía con rapidez...

Morag se llevó una mano a la boca, como para ahogar un grito.

—¿Dice usted, los pasos de un cojo?

—Sí.

—¡Eso quiere decir que ha vuelto!

Stanley recordó que la señora Morven había dicho algo parecido.



Se advertían dos pequeños orificios...

—Eso dijo la señora Morven, pero no comprendí sus palabras. Creo que exclamó: «Él ha regresado... habrá desgracias...»

Morag se recostó en su brazo y se estremeció.

—Ella tiene razón. Usted no cree y yo tampoco quiero creer. Pero si Morven está en la casa, si se oyen sus pasos aunque no se le vea, es que ha vuelto para atacar. ¡Fue mordido por un vampiro y él a su vez es ya un vampiro sediento de sangre...! ¿Qué podemos hacer?

El muchacho bebió de un trago el *whisky* que le quedaba y luego exclamó:

—Creo que voy a investigar.

—¿El qué? No se arriesgue, Stanley. ¿Qué le importa a usted esto? Guy MacDonald también se interpuso en el camino de Morven y... murió. ¿Sabe que también encontraron esas marcas en el cuello?

—¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Tampoco se sabe. Un colapso, certificó el médico.

—Es un dictamen muy poco expresivo. Hablaré con él.

Morag le retuvo por el brazo.

—Tenga cuidado.

Sonrió el muchacho, pasado el primer acceso de temor.

—No debe inquietarse por mí.

Salió a la calle sintiendo un creciente frío en la espalda. El viento era más fuerte pero la lluvia había cesado, barrida por las frías rachas de aire que llegaban del mar.

Dejó el coche aparcado ante la posada y cruzó la plaza. Al llegar había visto la placa del doctor Dunnet adosada a la fachada más limpia. Se detuvo ante la puerta de madera, guarnecida de latón, y tiró de una campanilla. Un instante después una sirvienta le abrió la puerta, haciéndole entrar en una antesala que olía a limpieza.

—El doctor le ruega espere unos instantes —le dijo.

Stanley se acomodó en una silla de respaldo recto y aguardó, con las piernas cruzadas. No se demoró el médico más allá de tres minutos. Oyó unos pasos seguros y la puerta se abrió para dejar paso a un hombre de edad avanzada aunque todavía recto y activo. Tenía el rostro surcado de arrugas y una mirada penetrante, de hombre acostumbrado a ver en cada paciente algo más que un cuerpo cargado de miserias.

—Le ruego me disculpe, señor...

—Marton. Stanley Marton. Acabo de llegar a Mallaig y quiero hacerle unas preguntas. No estoy enfermo, desde luego.

—Eso se advierte a primera vista. ¿Es usted el propietario de ese bonito coche rojo? En tal caso nunca necesitará de un médico, excepto para certificar su defunción: usted no conocerá ninguna enfermedad, hijo mío. Ese coche le matará.

—Vaya, exagera un poco.

—No es que yo sea un retrógrado. Aprecio los coches, pero solamente los que no corren excesivamente. ¿Sobre qué desea hacerme esas preguntas?

—Soy periodista y... me intereso por Lonely Rock y los sucesos allí ocurridos.

El rostro del médico se ensombreció.

—Debí adivinar que me lo preguntaría, sobre todo después de haberle visto salir de la casa de Morag MacLeod. Ella es muy aficionada a estas historias de... vampiros. Porque ella le habrá dicho que se trata de vampiros.

—Creo que todo Mallaig lo afirma.

—Es cierto. Pero Morag es una verdadera autoridad en la materia. Ya sabe: cuando se tiene demasiado dinero y pocas ocupaciones, hay que emplear la mente en algo. Ella está además muy sola y... es joven. No resulta bueno para una mujer la ausencia de un hombre en casa. Se lo he dicho a ella misma muchos veces, pero solo se ríe de mí. Debería casarse y... ¿Me preguntaba usted sobre Lonely Rock?

—En especial quisiera saber el dictamen médico sobre la causa de la muerte de Morven y de Guy Mac Donald.

—Colapso.

—¿Solamente eso?

—¿No cree que es suficiente? —se burló el galeno—. Sometemos a nuestro cuerpo a demasiada presión sin contar con la resistencia del corazón. Es como si a un mal coche le obligara usted a subir constantemente grandes pendientes y además le pusiera mala gasolina y no se ocupara del lubricante ni del agua del radiador. ¿Qué le ocurriría? Algo parecido le sucede al hombre de nuestro tiempo: tarde o temprano se le quema el corazón.

—¿Y las marcas en el cuello?

—Dos pequeños orificios, sí.

—¿Qué los produjo?

—No puedo saberlo: un insecto, una víbora quizá, son cosas que no tienen importancia.

—¿Cree usted en los vampiros?

—No.

—Pero lo que se dice por ahí...

—¿Y usted cree en ellos, señor Marton?

—Mi razón me dice que no, pero...

—No admita esos «peros» si quiere mantener lúcida la cabeza, hijo mío. Los escoceses somos muy supersticiosos. Mi ciencia me obliga a negar la existencia de los vampiros, pero... yo no subiría a Lonely Rock.

Stanley se incorporó, sintiendo una súbita simpatía por el doctor Dunnet.

—Gracias por sus palabras.

—No hay de qué. Por cierto, ¿a qué se debe su interés por Lonely Rock?

—Soy periodista, ya le he dicho.

—No pierda el tiempo escribiendo sobre todo esto: nadie va a creerle, suponiendo que haya algo de verdad en las habladurías de la gente.

Salió a la plaza vacía y caminó hacia las afueras de Mallaig, buscando el camino que conducía a la cabaña de Neil Dumbarton. Más allá había visto el escarpado rocoso donde se adivinaban desde abajo los restos de las murallas y del castillo que en tiempo se alzó allí. Lonely Rock, batido por los temporales del mar de las Hébridas, no podía decirse que fuera un paraje acogedor. Pero tenía que visitarlo para cumplir con su misión y,

sobre todo, porque allí le estaría aguardando Neil Dumbarton, el viejo solitario que les había escrito una carta inquietante...

Se cruzó con varios vecinos, que le dirigieron miradas desconfiadas y no respondieron a sus saludos. Salió fuera de los límites del pueblo y emprendió la ascensión del camino que conducía a la cabaña de Dumbarton. Sabía que era el correcto porque, además de reconocerlo, podía ver marcadas en el barro las huellas de su coche.

Rebasó un repecho y contorneó un grupo de árboles.

Al hacerlo, vio a Dina Horner, sentada en un saliente de las rocas, mirando la inmensidad del mar, sin importarle el fuerte viento que agitaba sus cabellos.

—Dina.

Ella se volvió, sobresaltada.

—¿Usted aquí?

Stanley se acercó a ella. Antes de llegar vio que Dina había llorado.

—¿Qué le ocurre?

Volvió el rostro la muchacha, sin responder.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí; no me hable. Pase de largo y no vuelva a dirigirme la palabra.

—Pero... ¿por qué?

—Mi padre... me lo ha prohibido. Alguien le dijo que nos habíamos visto en casa de Morag.

—Eso es una tontería: no estamos en los tiempos medievales.

—¿A dónde va, Stanley?

—A Lonely Rock.

—No lo haga.

—Conozco todas las leyendas que circulan en torno a esas rocas. Pero aun así veré qué hay arriba.

Sonrió a la muchacha y continuó la ascensión a pie. Deliberadamente había dejado el coche ante la posada para disimular su paso por las calles de Mallaig e impedir en lo posible que se enteraran sus habitantes de la dirección que tomaba.

Llegó a la cabaña de Dumbarton y llamó en ella por si todavía estaba allí, pero nadie respondió a sus golpes y continuó la ascensión. El terreno se había hecho súbitamente más escarpado. Pronto, a pesar del frío viento, empezó a sudar. No había más que una senda practicable, labrada en la roca. La humedad la había hecho resbaladiza, y en algunos lugares se extendía una delgada capa de limo y musgo que constituía una aviesa trampa para caminantes descuidados.

A cierta altura, en una de aquellas piedras cubiertas de musgo, vio claramente marcada la huella de un pie humano; una huella reciente todavía, según podía apreciar. Dumbarton hacía muy poco que había pasado por allí. Stanley avivó el paso todo lo que le fue posible, anhelando encontrarse cuanto antes con el extraño vejete que le había prometido

sabrosa información.

Al contornear la roca sobre la que se erguían los restos del viejo castillo quedó el mar al otro lado de la masa pétrea, por lo que dejó de sentir los embates del viento y el escandaloso ruido en los oídos. El cambio fue demasiado brusco. Una extraña calma reinaba allí. Una calma tanto más extraña por constituir un brusco contraste.

Se detuvo, oyendo solo el siseo de su respiración. Hasta el aire parecía inmóvil. Las rocas retorcidas y unos helechos raquíuticos, aferrados con desesperación a las grietas de las piedras, eran todo el paisaje que tenía ante sus ojos. Parecía una alucinación. Stanley recordó en un instante las historias que Morag le había contado y no pudo contener un estremecimiento de horror. La ficción novelesca del vampiro le había causado siempre repulsión porque evidenciaba un espíritu decadente y unos instintos malsanos. Y de pronto se encontraba cara a cara con lo desconocido, en un lugar que parecía morada ideal de aquellos entes que habían poblado de terrores la imaginación de los habitantes de la comarca.

Se apoyó en la roca y se sujetó a un saliente situado a la altura de su rostro.

Un chillido brotó de su interior, un graznido violento, de alimaña sobresaltada. Notó en la mano el roce de unas garras heladas y de pronto quedó cegado por el golpeteo de un par de alas blanduzcas que le azotaron el rostro antes de alejarse, volando torpemente en el aire.

Stanley estuvo a punto de caer en el precipicio. Una arcada de asco le removió el cuerpo. El murciélago se alejó en unos instantes, dejándole una infinita sensación de suciedad e impureza en el rostro y las manos.

Se mordió los labios y respiró hondo durante unos minutos, recobrándose. Pensó que no había razón para inquietarse. Simplemente había metido la mano en la guarida de un murciélago. No debía buscar otras interpretaciones. De un murciélago a un vampiro había mucha diferencia, y pensar que aquello que acababa de brotar del agujero en la roca era algo más que un pobre animal turbado en su descanso eran deseos de caer en lo irracional.

Siguió adelante, pero por más que hizo ya no recobró la normalidad anterior. Notaba que el corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho, realizando un trabajo extra impulsado por la adrenalina brotada de las cápsulas suprarrenales estimuladas por el miedo. Stanley sabía que todo era un vulgar proceso químico que se operaba en su cuerpo, pero no podía controlarlo, y aquella acción excitante de la adrenalina sobre el corazón producía a su vez una mayor sensación de ansiedad y temor.

Con un esfuerzo extraordinario pudo seguir adelante. El camino se había ensanchado hasta el punto de permitirle caminar con tranquilidad. La cumbre ya estaba cerca, pero antes de llegar a ella había una ancha explanada en la que se veían restos de murallas que debieron guardar el camino en otros tiempos.

Dumbarton no podía ya estar lejos. Stanley salvó unos gruesos sillares esparcidos en la explanada y entonces vio al solitario de la cabaña.

Estaba sentado en una de las piedras, apoyada la cara en el hueco de su mano derecha, y el codo sobre la rodilla del mismo lado.

Miraba fijamente el mar, como si se preguntara qué habría más allá de aquella niebla que empezaba a disminuir el radio de visión.

—¡Eh, Dumbarton! —llamó.

Pero el viento en contra impidió que su voz llegara hasta el vejete.

Avivó el paso y llegó junto al anciano, parándose tras él.

—Ya estoy aquí, Dumbarton. Hace rato que voy siguiéndole.

Alargó la mano y le tocó el hombro al tiempo que hablaba.

Suavemente, el viejo Neil Dumbarton se deslizó de lado y cayó al suelo, como un muñeco que perdiera un equilibrio inestable.

Stanley gritó. Tuvo que hacerlo, aun a costa de estimarse menos a sí mismo.

Porque los ojos abiertos de Neil Dumbarton expresaban el mayor horror de su vida.

CAPÍTULO IV

El doctor Dunnet se apartó del cadáver depositado sobre una mesa de su quirófano y miró a los reunidos.

—Nada anormal hasta el momento —abrió el grifo del lavabo y se enjabonó las manos concienzudamente. Cuando se extinguió el gorgoteo del agua añadió—: Habrá que esperar a la autopsia.

Keith Alford, el alcalde, carraspeó:

—¿No tiene siquiera una idea sobre el asunto, doctor?

Dunnet terminó de secarse las manos y miró a Keith Alford como si lo viera por vez primera. Frente a la corpulencia del alcalde, el médico parecía más insignificante que nunca.

—No hay violencia ni señales externas. Fue una muerte súbita, inesperada.

—¿Corazón? —apuntó Andy MacBallater, que ejercía las funciones de «sheriff», y cuyos mostachos blancos le daban un aire de falsa fiereza.

—Un síncope, sí. Podría ser.

—¿Igual que... los anteriores? —preguntó con un hilo de voz.

En el silencio que siguió, Stanley Marton pudo apreciar el miedo que anidaba en todos los corazones.

—La ciencia me impide aceptar la versión popular.

Lo cual servía para reforzar la exactitud de esa misma creencia.

Alford se volvió hacia MacBallater.

—Es preciso hacer algo, Andy.

El «sheriff» se tiró de las largas guías del bigote.

—Sí, pero ¿qué? No conozco ningún procedimiento eficaz para combatir a un vampiro.

A Stanley le sonó extrañamente aquella frase. Era absurdo que hombres conscientes y normales, en su sano juicio, pudieran creer en tales leyendas.

Encontró los ojos del doctor que le miraban atentamente y tuvo la impresión de que trataba de decirle algo.

—¿No creen que puede haber una explicación mucho más normal?

Las autoridades locales le miraron.

—¿Cuál, por ejemplo? —silbó MacBallater.

—Ignoro las particularidades de esta comarca, pero podría tratarse de algo más simple. Los vampiros... —y carraspeó, dando a entender el poco crédito que le merecían.

Keith Alford le fulminó con la mirada.

—¿Qué trata de insinuar, señor Marton?

—¿Por qué no piden ayuda a Scotland Yard en lugar de tratar de resolver este problema por sus propios medios?

—¡Las gentes de los Highlands sabemos muy bien cómo debemos llevar nuestros asuntos, y le sugiero que no intervenga en ellos! —se encrespó el alcalde, hinchando su poderoso torso.

Morag MacLeod, que estaba junto a Stanley, posó su mano en el antebrazo masculino y se lo apretó significativamente, pidiéndole que no prolongara la discusión.

Stanley la miro y le pareció encontrarla pálida y nerviosa. Visto de perfil, su rostro seguía siendo hermoso y se apreciaba mejor la curva golosa y caprichosa de sus rojos labios.

Fuera del quirófano se agolpaban los curiosos, pero Dina no estaba por ninguna parte. Oía cuchicheos a su espalda, voces temblorosas y, al volver la cabeza, captó también miradas turbias por el temor. Mallaig vivía obsesionado por la leyenda de Lonely Rock, y todos sus habitantes estaban dispuestos a creer firmemente cualquier hecho extraño que ocurriera en los alrededores de las tétricas ruinas.

El ambiente era irrespirable, con toda aquella gente agolpada en tan reducido espacio, la presencia del cadáver y el olor a desinfectantes y medicinas que flotaba en el quirófano. Morag apretó con más fuerza el brazo del muchacho y cerró los ojos.

—¿Te encuentras mal? —susurró este en la oreja femenina.

—Sí; por favor, llévame fuera.

Stanley la sujetó del brazo y se abrió camino hasta la calle. Había anochecido, pero el farol que colgaba encima de la puerta del doctor bastaba para disipar las sombras en un amplio radio de acción.

Al llegar a la acera escucharon una risa metálica y burlona que venía de la fachada. Morag se estremeció y los dos miraron en aquella dirección.

Lo primero que vieron fue el brillo nacarado de una dentadura perfecta. Pertenecía a un hombre joven y apuesto, de rostro atezado, ademanes deportivos y atuendo de jinete. Una chaqueta de ante cubría unas anchas espaldas, y las largas piernas estaban enfundadas en pantalones de montar y botas de caña alta.

Se acercó a ellos haciendo vibrar su fusta en la diestra.

—Hola, querida, no pensé que tú también pudieras impresionarte por estas cosas. Suponía que tenías más entereza. Estás pálida.

Morag apretó los labios.

—No deberías reírte de esto, Seton —luego al captar la mirada de ambos hombres añadió—: Te presento a Seton Marlow, un incrédulo cuya finca linda con la mía. Seton, este es el señor Marton, redactor de *El Clarín*.

—Vaya, la prensa actúa rápida. ¿Cómo pudo llegar a tiempo de ver el cadáver todavía caliente?

—Llegué a Mallaig cuando Dumbarton aún vivía. Además, yo encontré su cadáver.

—Voy de sorpresa en sorpresa —rio—. ¿Qué podía hacer un digno representante de la prensa londinense en lo alto de Lonely Rock? Porque

fue allí donde encontraron muerto a ese viejo borracho, ¿no?

Morag se impacientó.

—Por favor, Seton, el señor Marton es mi amigo.

—Ya lo veo. Discúlpeme si he sido incorrecto, señor Marton. Pero no, le dé demasiada importancia. Si permanece mucho tiempo en nuestro adorado pueblo se enterará de que soy muy distinto a este hatajo de borregos asustados. ¿Cuándo me aceptarás por marido, Morag? Porque ella es un poco mi novia, ¿sabe, Marton?

—¡Seton! —la voz femenina adquirió un tono agudo y cortante como el acero—. ¿Acaso estás borracho?

—No me faltan motivos. Encantado de conocerle, Marton. Ah, y cuídeme a Morag. No soy celoso, pero...

Morag se apartó bruscamente de Marlow y echó a andar en dirección a su casa. Stanley se entretuvo un instante aún.

—¿No cree en vampiros, Marlow?

—Naturalmente que no. Hago verdaderos esfuerzos por ser un hombre normal, pero aún no he conseguido identificarme con mis convecinos. Me ha sido usted simpático, Marton: sabe tomar las cosas como vienen. Cualquiera le dirá dónde está mi casa, y si me visita tendrá oportunidad de beber el mejor jerez del mundo.

—Gracias, Marlow.

Stanley apresuró el paso y alcanzó a Morag. Estaba furiosa y apretaba los puños convulsivamente. La blanca luz de la luna la hacía aún más pálida de lo que realmente estaba.

Cuando llegaron al portón de su casa, ella estalló al fin:

—¡Ese cínico y fatuo! Porque ha seducido a unas cuantas sirvientas piensa que todas debemos caer en sus brazos.

—No le des importancia, Morag.

Ella se volvió en redondo y le miró.

—¡Le odio!

Cogió él sus manos.

—Buenas noches.

—¿No entras?

Morag estaba hermosa como nunca a la luz de la luna. Sus labios entreabiertos eran una promesa. Su busto estremecido revelaba el anhelo que la poseía. Stanley recordó las palabras del doctor Dunnet a propósito de Morag cuando sintió que las uñas femeninas se clavaban en sus manos, posesivamente. Fue entonces cuando, por un momento, recordó que entre las leyendas centroeuropeas figuraban también mujeres-vampiros. Mirándola tan próxima, Stanley se dijo que ella podía ser tan absorbente y destructora como esos seres de ficción y pesadilla.

—Tengo algo pendiente todavía, querida. Volveré más tarde.

Retiró ella sus manos y apretó los labios.

—No me gustaría que por mí olvidaras tus asuntos. Buenas noches.

Dio media vuelta y entró en la casa, cerrando tras sí.

El muchacho quedó parado en mitad de la acera, sorprendido por la brusca reacción femenina, y diciéndose que no era fácil manejar a las mujeres.

Se encogió de hombros y pasó ante la posada. La señora Morven estaba tras el mostrador, pero Stanley no quiso entrar. Rodeó la plaza y llegó a la casa del doctor Dunnet. Los curiosos se habían retirado, pero el farol continuaba encendido y la puerta estaba abierta.

El propio médico apareció en ella, con ánimo de cerrarla, sin duda, pero al reconocer al muchacho salió a su encuentro.

—¿Qué opina ahora, hijo? —preguntó.

—Estoy desorientado, doctor. Otro fallecimiento por colapso sería demasiada coincidencia. Esperaba otra cosa: un asesinato, por ejemplo.

—¿Asesinato? —el galeno repitió, con extrañeza—. ¿Por qué se le ocurre semejante cosa?

—Dumbarton subió a Lonely Rock para hablar conmigo a solas. Pero murió antes de que pudiera hacerlo. Coincidencia, ¿no cree?

El doctor se metió los pulgares en las sisas del chaleco.

—¿Qué tenía Dumbarton que decirle a usted, tan secreto?

—Aún no lo sé. Pero me citó en aquel lugar.

Dunnet movió la cabeza, dubitativamente.

—Creo que está buscándole tres pies al gato, hijo. No hay ningún secreto. Nadie puede beneficiarse con la muerte de ese infeliz. Además, ¿cómo relacionar su muerte con la de Morven o la de Guy MacDonald? Compréndalo, es absurdo.

—Aún resulta más increíble pensar en vampiros. Al menos, para mí, que no estoy contagiado por este ambiente.

—Quizá por eso no puede comprender. Yo también niego la existencia de esos seres, pero... La ciencia no ha podido todavía dar respuesta a muchos misterios que se plantean a diario. No hay pueblo que no tenga sus creencias, sus supersticiones, si quiere llamarlas así, y yo me pregunto: si no hay nada detrás de esas creencias, ¿por qué perviven a lo largo de los tiempos? Si todo fuera humo, ficción, fantasía, esos temores desaparecerían sin dejar rastro. Pero, por el contrario, continúan cada vez más arraigados. Para ello, no hay más que una razón: se basan en algo sólido.

—¿Me pide usted que crea en la leyenda de Lonely Rock?

—Haga lo que su razón le dicte, hijo. Pero no niegue absolutamente lo que no puede negar. La voz del pueblo da una versión irracional, si usted quiere, a estos hechos, pero yo le digo que el pueblo nunca se equivoca. Y ahora, olvídense de este pobre pueblo, de sus temores y sus fantasías, y regrese a Londres, usted que puede y tiene allí su medio de vida. Le digo que es más fácil vivir en las grandes ciudades, porque al menos la prisa impide pensar...

Se volvió y entró en su casa, más encorvado que nunca, como

abrumado por el peso de una ignorancia superior a su ciencia.

—¿Ya se han llevado el cadáver? —preguntó el muchacho.

—Sí; lo han dejado en el depósito, en el cementerio. Mañana practicaré la autopsia.

Hizo un gesto de despedida y cerró. El chasquido de la puerta dejó a Stanley más solo que nunca. Mallaig dormía ya, o lo intentaba al menos, estremecido por el relato de la última tragedia. Las calles estaban silenciosas y vacías, y las débiles luces no conseguían desvelar las sombras.

Miró a la posada pero no tenía sueño. Le preocupaba lo ocurrido. Estaba, obsesionado por la idea de que algo anormal estaba ocurriendo. La muerte del infeliz Dumbarton se lo probaba. Él había visto algo y estaba dispuesto a contarlo, pero su boca se había cerrado para siempre, impidiéndole contar su secreto. Visto desde ese ángulo, no podía pensar en vampiros, no era posible que admitiera la existencia de poderes irreales en la cumbre de Lonely Rock.

Nadie, sin embargo, parecía dispuesto a mirar las cosas desde ese lado. Todos, incluso las autoridades, aceptaban con fatalismo medieval la historia de Lonely Rock como causa de todas las desdichas que ocurrían en sus proximidades, únicamente una persona se burlaba de la leyenda y del temor de sus convecinos: Seton Marlow.

Se puso en movimiento. Una conversación con el cínico pretendiente de Morag le serviría para aclarar algunas ideas.

Por suerte se encontró con un trasnochador a quién preguntó por la dirección de Marlow. Vivía en su finca, situada al este de Mallaig, en una carretera local que conducía a Inverness. Obtuvo los datos precisos y volvió sobre sus pasos para utilizar su coche.

Aunque trató de evitarlo, no pudo ocultar el petardeo del motor en el silencio de la plaza mayor. Los focos del coche trazaron un arco luminoso al rodear la plaza y salir por el extremo opuesto, en la dirección indicada.

No le fue difícil hallar la finca de Marlow. Ante la cancela se detuvo al oír el ladrido furioso de varios perros. Stanley tocó el claxon y en el mismo instante se encendió la luz del porche y se abrió la puerta.

El propio Seton Marlow acudió para abrirle la cancela de la cerca.

—Al escuchar el motor supuse que era usted: tiene un sonido inconfundible, bien distinto de los cacharros que utilizamos por aquí. Estoy muy satisfecho de verle otra vez, Stanley.

El muchacho metió el coche, lo aparcó ante el porche y saltó. Marlow llamó a dos mastines imponentes que acudían con los ojos encendidos de cólera.

—¡Quieto, «Atholl»! ¡Aquí, «Lairg»! No tema, son obedientes aunque muy feroces. ¿Qué ocurrió con Morag? ¿Conseguí por fin estropearles la velada?

Lo dijo riendo, como si le divirtiera su brutal sinceridad.

Entraron en el vestíbulo de la casa. Stanley adivinó que, salvo el

aditamento de la luz eléctrica, nada había cambiado allí en el último siglo. Muebles pesados, pieles, maderas ricas, gruesas vigas cruzando el techo y enormes candelabros de bronce o hierro forjado, con velas todavía a medio consumir, que apenas tenían objeto ya.

Stanley le miró a los ojos.

—Es curioso: al ver a sus perros he observado que se parecían a usted: ladran y tienen apariencia feroz, pero no muerden.

Marlow abrió un armario y sacó una botella de jerez y dos copas.

—No se fíe demasiado. Le prometí el mejor jerez y aquí está: aún no sé cómo mi abuelo se hizo con un cargamento de botellas. Ignoro si algún barco español encalló por estas islas, pero no puede haber sido de otro modo. Mi abuelo era un poco pirata, lo confieso.

Escanció jerez y ambos bebieron brevemente.

—¿No es delicioso?

—No exageró.

—Pero usted no ha venido atraído por esta botella —sonrió Marlow, señalando un enorme sillón en el que Stanley se dejó caer.

—Es cierto.

—¿Morag, quizá?

—No.

Marlow suspiró y volvió a beber.

—Se lo agradezco: estoy enamorado de ella y... no consigo hacerme a la idea de que pueda ser para otro. A veces me sorprende pensando que mataría muy a gusto al hombre que me la disputara.

Sus ojos claros eran de una inocencia escalofriante mientras pronunciaba aquellas palabras con un acento que no permitía abrigar la menor duda de que cumpliría lo que decía.

—No necesita amenazarme.

—Es usted inteligente.

—No; no se confunda. Me gusta luchar, si de verdad deseo algo. Ninguna amenaza me haría desistir. Solo que no he venido a Mallaig atraído por ella, ni tampoco deseo perder mi independencia por culpa de ninguna mujer. No voy a ser su rival, Marlow.

—Es casi tan sincero como yo —exclamó, como con sorpresa.

—Quizá un poco más; en usted es un disfraz, en mí es auténtico.

—Tocado —rió—. Siempre había oído decir que los periodistas eran personas de inteligencia aguda, que desnudaban el alma de las personas con las que trataban.

—¿Por qué si la ama tanto no la ha conseguido?

Marlow se incorporó y fue a por la botella.

—¿Qué ha venido a preguntarme, Marton?

Comprendió que no quería hablar de Morag y le expuso el verdadero motivo de su visita.

—Creo que usted es la única persona que no cree en las supersticiones

de Lonely Rock.

—Así es.

—En ese caso, me interesa su opinión sobre Neil Dumbarton y su extraña muerte.

—No tengo explicaciones: solo convicciones. Y una de ellas es que no puedo creer en un vampiro ni aunque lo vea.

—Pero la gente piensa de otra manera. Ya son tres los habitantes de Mallaig que han muerto allá arriba y, por lo menos, dos tenían las huellas de unos dientes en su cuello.

—¿Y Dumbarton?

—No me he fijado.

Marlow rellenó la copa de jerez de Stanley.

—¿Cuál es su interés en esto?

—Dumbarton nos escribió al periódico hablándonos de hechos misteriosos en esas ruinas, y el director pensó que podría ser tema para un buen reportaje.

—¿Va a escribirlo?

—Cuando complete la información. Vine para entrevistarme con Dumbarton y me citó allá arriba. Cuando llegué estaba muerto.

—Lo más probable es que ese viejo borrachín escribiera aquella carta en uno de sus accesos de «delirium tremens».

—Hace unas horas me habló y parecía normal, e insistió en contarme algo muy importante, según él.

—¿No le dio ninguna pista?

—No. Pero al citarme en Lonely Rock supongo que deseaba mostrarme algo.

—Allí no hay más que piedras desgastadas por el viento y la lluvia.

—Quizá otra cosa que nadie ha visto antes.

—¿El qué?

Se encogió de hombros.

—Hay mil posibilidades: la más novelesca, la que más convendría a mí reportaje, sería un tesoro enterrado que se están disputando varios, matándose entre sí, mientras los supervivientes tejen esta historia de terror para que ningún curioso se pierda por allí y averigüe lo que ocurre.

Marlow lanzó una carcajada.

—Más que reportero es usted ahora un novelista de misterio. ¡Qué imaginación!

Stanley terminó su jerez.

—¿No sabe nada que pueda ayudarme?

—Lo siento. Pero le sugiero algo: suba usted mismo y busque aquello que Dumbarton quería enseñarle.

—Ya había pensado en ello.

Se dirigió a la puerta, acompañado por el dueño de la casa.

—¿Ha estado usted en esas ruinas, Marlow?

—Más de una vez: pero no esta tarde.

Nunca como en aquella ocasión, los ojos de Seton Marlow fueron más inocentes y claros...

CAPÍTULO V

De regreso a Mallaig pensaba en la extraña y variable personalidad de Seton Marlow, aparentemente burlón y desenfadado, haciendo en todo momento gala de un cinismo demoledor, pero en el fondo devorado por una pasión insatisfecha que podría llevarle al crimen. Ni una sola vez había dudado Stanley, durante su entrevista con él, de que sería incapaz de cumplir lo que decía. Respecto al papel que podía jugar en la cuestión que le preocupaba era difícil de definir. Por lo pronto, Marlow era lo suficientemente inteligente para saber que figuraba en la lista de personas que merecían una observación cuidadosa, y por eso había salido al paso diciéndole que aquella tarde no había subido a Lonely Rock.

Claro que aquella era una afirmación gratuita.

El camino embarrado impedía conducir deprisa. Por eso tenía ocasión de distraerse con el paisaje a la luz de los focos.

Veía ya las luces del pueblo cuando al tomar una curva reconoció la inconfundible silueta del cementerio, que a la ida le había pasado desapercibido.

Instintivamente levantó el pie del acelerador y casi sin darse cuenta pisó el pedal del freno. Suavemente el coche redujo la marcha hasta detenerse ante la puerta del camposanto.

Al callar el motor percibió claramente los sonidos característicos de la noche. El siseo de los insectos, el canto de algún ave nocturna, algún crujido inexplicable, todos y cada uno de los ruidos que denotan la continuidad de la vida aunque el sol se haya ocultado.

Recordaba que el cadáver de Neil Dumbarton había sido trasladado al Depósito del cementerio, según le había dicho el doctor Dunnet. Y él quería examinar el cuello del pobre viejo para comprobar si llevaba las mismas marcas que Morven o que Guy MacDonald.

Sacó una linterna de la bolsa de la portezuela y bajó al camino. Chapoteó en el barro y avanzó hacia la puerta.

No había ni una sola luz en el camposanto. Solamente el viento arrancaba sonidos a las altas ramas de los árboles, produciendo un siseo enervante.

Empujó la verja de hierro y entró. No rechinó como esperaba. Por lo visto, el enterrador se ocupaba de engrasarla.

Paseó el haz de luz por las primeras tumbas. El viento y el aire habían pulido las aristas de las piedras, suavizándolas hasta lograr formas redondas.

Avanzó por la calle central, flanqueada por altos cipreses cuyas copas se inclinaban, en forzada reverencia por la intensidad del viento. Nada más

turbaba el silencio del cementerio.

Al fondo vislumbró la masa de un edificio, y Stanley supuso que sería el Depósito.

Sacudió la cabeza, desechando las ideas que acudían a su cerebro. Nuevamente, como aquella tarde en el sendero de Lonely Rock, la adrenalina le hacía traición. Había conseguido olvidar aquella penosa sensación de ansiedad y sofoco, apoyándose únicamente en la realidad de los hechos, en lo más tangible de todo, en la misma muerte de Neil Dumbarton. Durante horas, su subconsciente había tratado de convencerle de que no existía nada irreal ni fantasmal en el fallecimiento de su viejo comunicante, pero aquellas prudentes reflexiones veníanse abajo otra vez, a impulsos de la lóbrega atmósfera del cementerio.

Estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a la realidad de Mallaig, pero se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Quería seguir adelante. Ahora más que nunca. No podría perdonarse jamás que no hubiera sabido dominarse.

—No soy un aldeano supersticioso —gruñó para sus adentros.

Pero cada paso que lo acercaba al Depósito de cadáveres constituía una dura prueba para sus nervios.

Llegó, no obstante. Jadeando. Era una prueba de la tensión a que estaba sometido. Encajadas las mandíbulas, tensos los nervios, convencido no obstante de que eran irreales las leyendas que le habían contado, estaba tan excitado que hubiera bastado una simple lagartija corriendo por entre las hojas caídas para hacerle saltar.

No ocurrió nada, sin embargo. La oscura puerta estaba ante él, como una admonición. Empujarla y entrar podía significar dar un paso adelante hacia una realidad distinta a la que él conocía, una realidad alucinante que podía llevarle a situaciones de pesadilla...

Sacudió la cabeza.

—¡Voy a enloquecer! —y se golpeó el muslo con la mano libre.

Entró decidido, aceptando el desafío que le planteaba su propia fragilidad humana.

Esta vez sí crujió la puerta. Fue tan inesperado que resonó en sus oídos como si un árbol se desgajara.

El cono de luz de la linterna golpeó en una pared blanca y volvió a sus ojos, deslumbrándole momentáneamente. Luego la desvió, tanto para evitar el reflejo como para examinar el Depósito.

Recorriendo el muro llegó la luz a algo parecido a un altar situado en un rincón. Luego, en sentido contrario, recorrió el suelo de cemento donde todavía estaban marcadas las huellas húmedas de los que habían trasladado el cadáver al cementerio.

Alzó la linterna, y la luz subió por una plataforma o repisa de mosaicos blancos sobre la que ordinariamente debían colocarse los féretros.

Luego, casi sin transición, vio una mano caída. Aunque esperaba algo

parecido se estremeció. Era la mano engarfiada de Neil Dumbarton, manchada de barro. Stanley se acercó al cadáver, iluminándolo de lleno.

Daba más pena que horror.

Allí estaba, tranquilo, reposando para siempre, lo que en vida había sido un hombre acosado por un secreto que a nadie había podido comunicar. Diríase que estaba durmiendo a no ser por la mirada horrorizada de sus ojos abiertos.

La luz resbaló por su rostro y llegó al cuello.

Stanley estuvo a punto de gritar.

Porque debajo de la oreja izquierda, a la altura de la carótida, se advertían dos pequeños orificios hechos recientemente, y de los que brotaba un líquido blanquecino mezclado con algo que debía ser sangre...

Encolerizado, furioso por aquella profanación, el muchacho se revolvió en el centro del Depósito de cadáveres, lanzando la luz de la linterna en todas las direcciones, buscando con ansiedad algo sobre lo que descargar su instinto vengador.

Pero la sala estaba vacía y silenciosa. Un silencio que parecía reírse de sus tribulaciones.

Fuera sonó un golpe, como una caída, y luego unos pasos precipitados que se alejaban. Unos pasos que a Stanley le erizaron el cabello de la nuca.

Porque era la segunda vez que los oía en aquel día.

Ssss... Cloc. Ssss... Cloc.

Los pasos de un cojo que arrastrase una pierna y clavase la otra rabiosamente en el suelo.

Los pasos de un muerto llamado Morven.

Quizá Stanley gritó para librarse de la tensión acumulada. El caso es que corrió fuera del Depósito y trató de orientarse en la oscuridad. Lanzó la luz de su linterna en todas las direcciones y le pareció ver una sombra que desaparecía. Se lanzó en su persecución, pero no vio el enrejado de una de las tumbas y cayó cuan largo era. Maldijo furiosamente porque perdía el eco de aquellos pasos que le obsesionaban, y se incorporó decidido a capturar al que los producía, fuera hombre o alimaña.

Pero de pronto cesaron. Un silencio viscoso, palpable, le envolvió.

Y en aquel instante empezó a llover.

Estaba manchado de barro y tan furioso como jamás lo había estado. Sobre todo, porque no podía hacer nada más.

Bajó el haz de luz al suelo y buscó un sendero practicable entre las tumbas para salir del cementerio.

* * *

Cuando regresó a Highlands Inn encontró a la señora Morven todavía en el vestíbulo. Al verle ella, su rostro expresó el sobresalto que le producía el lamentable estado de Stanley.

—¿Qué... le ha sucedido, señor Marton?

El muchacho cerró la puerta, restregó los pies en el felpudo de la entrada y llegó hasta el mostrador.

—Estuve en el cementerio.

La sangre huyó de las mejillas femeninas.

—¿Se ha caído?

—Sí.

Ella se volvió para recoger del casillero la llave del cuarto ocupado por Stanley y se la ofreció.

—El agua todavía está caliente: podrá bañarse —dijo, bajos los ojos.

El periodista aceptó la llave pero no se marchó todavía.

—¿Usted vio muerto a su esposo, señora Morven?

Ella se sujetó al mostrador mientras respiraba hondamente.

—Ssssí... Por favor, señor Marton...

—Comprendo que con mis palabras remuevo viejos y dolorosos recuerdos, pero es preciso que lo haga. ¿Puede contestarme?

Asintió la señora Morven.

—Sí; lo vi. Y vi también cómo lo bajaban a la fosa. Encontrará su lápida en el cementerio, cerca del Depósito de Cadáveres.

¡Allí era donde el siniestro cojo había desaparecido!

Stanley se estremeció. Era demasiado horrible pensar que alguien podía salir de su tumba y volver a ella, a voluntad, para refugiarse una vez cometidos sus desmanes...

—Su esposo tenía algún defecto en la pierna, ¿verdad?

La señora Morven lloraba y, cerrados los ojos, asintió.

—¿Arrastraba una pierna y con la otra producía un, ruido seco al apoyarla en el suelo?

Volvió a afirmar mientras las lágrimas corrían más abundantes, silenciosas.

—Siento hacerla sufrir, señora Morven, pero un hombre de esas características ha estado cerca de mí esta noche en el cementerio. Eran los mismos pasos que habían oído por la tarde aquí, en ese pasillo —concluyó, señalando la puerta que daba a las dependencias interiores.

De pronto, los sollozos se hicieron ruidosos y la dueña de la posada refugió el rostro entre sus manos.

—Pienso que se trata de una superchería. Por favor, cálmese.

Le dio unos golpecitos en el hombro, cariñosamente, hasta que vio que ella se calmaba poco a poco.

—Hace tiempo que yo he notado algo también... No he querido hablarlo con nadie, pero...

—Hábleme de eso, señora Morven.

Supo encontrar el tono de voz justo para inspirar confianza a la dueña de la posada.

—Todo fue bien hasta que hace unas semanas empecé a notar unos

ruidos extraños en el piso alto, el que está situado encima de su habitación. Eran pasos cuidadosos en la noche y ruidos como si corrieran los muebles o transportaban algo... Por fin, hace unos quince días, oí los pasos de Stuart, mi marido... Quedé aterrorizada porque siempre se ha dicho que los que han muerto atacados por un vampiro, se vuelven ellos mismos vampiros y salen de sus tumbas para elegir nuevas víctimas... —sus uñas arañaban el mostrador de madera—. Stuart era colérico y violento, pero no le creo capaz de querer hacerme ningún daño y, sin embargo...

—¿Cree usted en vampiros?

Ella le miró, como si fuera un ser extraño.

—¿Usted no? Lonely Rock es mi lugar maldito, y usted ha subido allí. Si quiere mi consejo, márchese a Londres porque, de otro modo, podría tener una terrible experiencia.

—¿Hay en la casa algo codiciable, señora Morven? Sorprendida por la pregunta, la buena mujer tardó algo en responder.

—Nnnnoo... Puedo tener algo de dinero si algún cliente ha abonado su cuenta, pero nada más...

—No; eso no justificaría tan complicada escenografía. ¿Ha pensado en que alguien puede estar suplantando a su marido, señora Morven?

—¿Quiere decir que no se trata de una aparición? ¡Oh, no, no! Conozco bien sus pasos y sé que él vuelve a su hogar cuando se encuentra cansado de sus correrías... Lo hacía también en vida...

Parecía imposible que alguien, en su sano juicio, pudiera hablar de aparecidos, pero la señora Morven parecía muy segura al afirmar aquello.

—¿No tenía su marido algún amigo que se divertiera imitándole?

—Stuart jamás tuvo un amigo. Su defecto le hacía intratable.

Stanley hizo saltar la llave de su habitación en la mano y miró una vez más el rostro, húmedo todavía por las lágrimas, de la señora Morven.

—Disculpeme por haberla inquietado con mis palabras. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Stanley subió por la escalera mientras la dueña de la posada cruzaba el vestíbulo para cerrar la puerta exterior antes de irse a dormir.

Una vez en su habitación, se bañó y se vistió el pijama. Pero no tenía sueño. Estaba alterado por los hechos ocurridos. Una y otra vez volvían a su cabeza los distintos acontecimientos, como si ellos mismos pidieran ser ordenados para su interpretación correcta.

En la chimenea ardían unos troncos proporcionando un calor agradable y tranquilizador. Stanley se envolvió en un albornoz y se sentó frente al fuego, fijando en las cambiantes llamas la mirada.

El efecto fue casi inmediato. Poco a poco empezó a sentir una impresión placentera, una sensación casi hipnótica que le permitía relajarse y como flotar en un mundo nuevo y maravilloso.

Los párpados empezaron a pesarle y envuelto en la Tibieza de las llamas se adormiló sin darse cuenta, mucho antes de lo que había supuesto,

cediendo sin duda a la fatiga.

En la duermevela casi narcótica que siguió, Stanley disfrutó de una serie de sueños imprecisos y deliciosos, como si se encontrara bajo los efectos de una droga tranquilizadora. Pero aquel estado duró poco. Stanley no podría decirlo. Súbitamente abrió los ojos, sobresaltado. Estaba helado. El fuego se había extinguido, y la humedad de Escocia había penetrado hasta sus huesos.

Se estremeció y empezó a incorporarse. Fue entonces cuando notó el alocado galope de su corazón y su estado de ansiedad.

Se incorporó de golpe y miró en torno. La habitación estaba desierta y normal. Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, desde el fondo de su subconsciente le llegaba la advertencia de que algo anormal había ocurrido. Algo relacionado con sus temores.

Ssss... ¡Cloc! Ssss... ¡Cloc!

¡Los pasos de Morven en el piso alto!

¡Los pasos del muerto!

El escalofrío que siguió lo atribuyó Stanley al frío. Se ciñó mejor el albornoz y miró al techo, como si a través de él pudiera adivinar lo que sucedía allá arriba.

De pronto dejó de escuchar aquel característico taconeo y al cabo de unos instantes oyó otros pasos más suaves, pero completamente normales. Al llegar a un punto cesaron y volvieron a comenzar los de Morven. Luego, al detenerse, Stanley escuchó un golpe seco, como si alguien hubiera descargado un bulto pesado en el suelo. Después percibió la vibración de un mueble al ser desplazado, y otra vez el escalofriante eco de los pasos de Morven.

El muchacho, prietos los puños, mordiéndose el labio inferior, se decidió de pronto, sacó de la maleta una linterna y abrió la puerta de su habitación.

Con las zapatillas de fieltro no hacía el menor ruido al correr por el pasillo en dirección a la escalera que le conduciría al piso superior.

Subió los escalones de dos en dos, furioso, decidido a desvelar en aquel instante el misterio y enfrentarse, si fuera preciso, a los vampiros que turbaban la paz de Mallaig.

Encontró una puerta al final de la escalera y la empujó.

Giró esta silenciosamente, y paseó el foco de la linterna por el corredor.

No había nadie.

¡Y ya no escuchaba los pasos!

Siguió adelante, prietos los labios hasta formar una sólida línea recta. El corto pasillo no tenía más que una puerta que por su estado comprendió que daba al desván.

La empujó no obstante y miró desde fuera antes de entrar.

Salvo su linterna, había la máxima oscuridad. Tanteando, buscó el interruptor de la luz y lo accionó.

Una bombilla polvorienta se iluminó en el techo. A su luz tristona pudo ver que no había nadie, pero en cambio encontró las pruebas inequívocas de que alguien había estado allí.

Porque en el suelo se advertían, todavía húmedas, una hilera de huellas. El barro adherido a las suelas formaba imprecisas marcas que iban de un lado a otro del desván, irregularmente, sin principio ni fin.

Stanley entró y las examinó cuidadosamente. Era extraño, pero las huellas comenzaban y terminaban en el aire, como si quien las hubiera marcado se hubiese materializado allí mismo y luego se hubiera desvanecido en el mismo aire.

De una cosa estaba seguro, al menos. Quienquiera que las hubiera impreso en el suelo, no subió la escalera ni siguió el corredor que él acababa de recorrer porque no había la menor señal de su paso.

Y no podía pensarse que las hubieran borrado, porque el pasillo tenía polvo de muchos meses y la espesa capa continuaba allí, solo hollada por el propio Stanley.

Estaba seguro de que ni siquiera la señora Morven se había atrevido a subir a su desván en mucho tiempo.

Sin embargo, hombres o espíritus, allí habían estado por lo menos dos seres que utilizaban zapatos y los habían manchado en el barro del cementerio; un barro rojizo y viscoso, como arcilla.

Las preguntas se acumulaban en la garganta del muchacho que se volvía a un lado y a otro, como un sabueso desorientado en la pista que seguía.

De algún lado habían venido las huellas y por alguna otra salida se habían marchado quienes las marcaron. ¿Quizá una puerta secreta?

Se arrimó a los muros y empezó a golpear con los nudillos, en busca de un sonido hueco que delatara la presencia del pasadizo que permitía la entrada y salida sin utilizar la escalera.

Pero al terminar su inspección solo había conseguido una cosa: despellejarse los nudillos sin el menor resultado.

No podía siquiera guiarse por la dirección de las huellas porque ninguna terminaba frente a una pared o empezaba en otra. Únicamente el centro del desván había sido pisoteado, aunque no podía comprender los motivos.

No había allí nada anormal, nada que pudiera justificar la codicia de nadie. Solamente objetos viejos, muebles en desuso, algunos cajones vacíos, y trastos que siempre se hacen viejos en casas y hoteles.

Sin embargo, allí habían estado dos seres ¿Dos personas? Se inclinaba a creer que sí, pero la anormalidad de cuanto ocurría inclinaba a cualquiera a pensar que se trataban de seres fantasmales, miembros de una realidad fantástica y enloquecedora.

Volvió al pasillo, cerró las puertas y regresó a su habitación.

CAPÍTULO VI

Por la mañana temprano, Stanley salió de la posada y se dirigió en coche a la cabaña de Neil Dumbarton. Soplaban un viento fuerte que arrastraba las pesadas nubes hacia el interior de los Highlands y obligaba a los árboles a inclinarse bajo la fuerte presión. Stanley había cambiado el impermeable del día anterior por un abrigo ligero aunque cálido, y se cubría la cabeza con un sombrero de ala estrecha y aire inequívocamente juvenil y deportivo.

Solo encontró por el camino a unos campesinos que no se molestaron en mirarle cuando pasó por su lado. Mallaig continuaba más hermético si cabía que el día anterior. La reciente tragedia hacía estremecer todavía a los sencillos campesinos.

Una vez ante la cabaña, examinó la puerta y la encontró abierta. A la primera ojeada comprobó que alguien se le había adelantado, pese lo temprano de la hora. Nunca había estado ordenada, pero en aquel instante presentaba mucho peor aspecto que de costumbre. Absolutamente todos los objetos que en vida pertenecieron a Dumbarton estaban ahora revueltos, rotos y examinados hasta el límite.

No había duda de que los que practicaron el registro ignoraban lo que buscaban e, incluso, si había algo que buscar. Por eso habían extremado su brutalidad.

Dumbarton había tenido una mesa rústica en la que guardó en vida algunos papeles. Estos —o lo que habían dejado los que registraron— continuaban allí, pero tirados por el suelo y confusamente revueltos. Stanley los recogió y los examinó, con la vaga esperanza de hallar algo revelador.

No había nada de interés. El cajón tirado en el suelo estorbaba el paso y lo recogió para meterlo en la mesa. Al hacerlo notó un obstáculo en las guías y se inclinó para ver qué impedía que el cajón se deslizara en su hueco normalmente.

Arqueó las cejas al encontrar un sobre azul, descolorido por el tiempo.

Lo abrió y examinó su contenido. Stanley silbó, admirado. Aquello podía significar algo; podía, incluso, constituir parte de la clave para comprender los hechos, si se empeñaba en mirarlos desde su punto de vista lleno de lógica, bien distinto de las supersticiones de los aldeanos.

Guardó en el bolsillo los papeles, miró por última vez la cabaña y salió.

Casi tropezó con una figura recia que obstruía su paso.

—¿Qué hace usted aquí?

Stanley miró les fieros bigotes del «sheriff» Andy MacBallater.

—Vine para echar una ojeada. ¿Y usted?

—Yo... ¡soy la autoridad!

—Oh, claro.

—No nos gustan los forasteros entrometidos, señor Marton.

—Lo imagino. Contribuimos a derrumbar supersticiones.

Los ojos del «sheriff» se hicieron más penetrantes.

—¿Por qué esa reticencia? ¿Acaso se cree superior por trabajar en un periódico de Londres?

—No; es que busco la verdad y no estoy comprometido con ninguna de las pasiones que enturbian la vida de Mallaig.

—Nadie le ha llamado para que busque esa verdad de la que tan pomposamente habla.

—En eso se equivoca. El pobre Neil nos escribió una carta pidiéndonos ayuda. Y Neil está muerto.

—En todo caso fue usted el último que lo vio.

—No; también se equivoca, «sheriff». Poco antes llegó el asesino. Y mató a Neil para impedirle que hablara conmigo.

—¡Está perturbando el orden público! ¡No se ha demostrado que hubiera crimen alguno! ¿Qué es lo que pretende? ¿Excitar al pueblo?

—Ya se lo he dicho: saber la verdad.

—No hay ningún misterio. Váyase. Regrese a Londres y no nos moleste más.

—Es curioso: todo el mundo dice lo mismo. Diríase que tienen el mismo sentido de culpabilidad.

MacBallater soltó alguna maldición entre dientes.

—No voy a consentirle sus insolencias, amigo.

—Yo tampoco sus imposiciones. Especialmente cuando tengo sobradas razones para pensar que su proceder no es todo lo que debiera, MacBallater.

Las mejillas del «sheriff» se colorearon.

—¿De qué habla?

—Usted ostenta un cargo oficial aquí, ¿no? Ahora pasa por ser un defensor de la ley, pero en cierta ocasión usted se vio enredado en un sucio asunto, ¿no? Algo que ocurrió en Londres, hace muchos años, cuando usted era joven y, posiblemente, inconsciente. En la Universidad hicieron unos festivales para recaudar fondos con fines benéficos, y un tal Andy MacBallater cometió un desfalco de cierta importancia... Hubo un pequeño escándalo que la misma Universidad tapó en parte. Se repusieron los fondos y... el autor de aquello fue expulsado. El Rectorado envió una circular a los Decanos, explicando la cuestión y rogando silencio. Una circular como esta, «sheriff» —concluyó sacando del bolsillo el sobre que acababa de encontrar entre los papeles de Dumbarton.

MacBallater, intensamente pálido, parecía a punto de sufrir un colapso.

—¿Dónde... la ha encontrado? —preguntó con un hilo de voz.

—En la mesa de Dumbarton. ¿Venía para buscarlo?

En los ojos del «sheriff» había odio y una cólera que el mismo miedo convertía en silenciosa.

—Ha ido demasiado lejos, Marton.

—Le regalo la circular, MacBallater. Supongo que eso era lo que venía a buscar. Una vez conocedor del asunto puedo encontrar una copia fácilmente en los archivos de la Universidad.

—Debería encarcelarlo.

—Y lo contaría todo. ¿Le hacía Dumbarton objeto de un chantaje?

—No.

—¿Está seguro?

—¿Qué supone? ¿Acaso que yo lo he matado?

Arrebató la circular de manos del muchacho y la rompió en pequeños pedazos.

—Es un buen motivo. Apuesto algo a que nadie en Mallaig conoce su secreto. Supongo que perdería todo su prestigio si se divulgara la noticia.

—¡Devolví aquel dinero!

—Era de esperar. Después de las tonterías viene el arrepentimiento.

—No trate de hacerme chantaje, Marton.

—No soy de esa calaña. Guárdese su secreto y... no me moleste.

Fue a pasar, pero MacBallater le sujetó del brazo.

—Un momento. Escuche bien esto: no quiero volver a verlo por aquí. Si no se va antes de la noche...

Stanley se sacudió la manaza y lo apartó rudamente para pasar. El «sheriff», colérico, lanzó su puño contra el muchacho. Stanley lo desvió con el antebrazo izquierdo y conectó su diestra en el prominente estómago de su rival. MacBallater abrió la boca desesperadamente mientras se le ponía el rostro azulado y llevaba ambas manos al lugar dolorido. Stanley siguió adelante, subió al coche, y regresó a Mallaig.

* * *

Cuando enfiló con su coche la plaza mayor de Mallaig vio al doctor Dunnet que salía de su casa con un maletín en la mano. Stanley detuvo el coche en el bordillo de la acera, junto al galeno, y este se volvió al escuchar el motor del vehículo.

—Buenos días, señor Marton. Voy al cementerio para hacer la autopsia de Neil Dumbarton. ¿Le apetece venir? Puede acompañarme, si gusta.

Antes de que Stanley pudiera responder, se oyó la voz de alguien que se acercaba, terciando en un tono autoritario:

—Usted sabe que eso no está permitido, doctor —era Keith Alford, el alcalde, cuyos ojos destellaban coléricos.

—Oh, señor alcalde, no creo que el asunto revista especial importancia...

—¡Todo lo contrario! ¿Olvida que él es periodista? —lo dijo como si

estuviera hablando de un ente maligno al que conviniera mucho más tener alejado—. Le acompañaré yo para darle un mayor carácter legal a la autopsia.

Stanley prefirió no sentirse afectado por la incorrección de Alford.

—De todas formas les llevaré en el coche hasta el cementerio. El camino está intransitable por el barro.

—¡Una excelente idea, sí, señor! —aceptó jubiloso el doctor Dunnet antes de que el alcalde hubiera expresado su pensamiento.

Subió al descapotable del muchacho, pegándose bien a él a fin de dejar sitio suficiente para Keith Alford. Este, refunfuñando, subió y cerró la portezuela, no sin esfuerzo porque el vehículo estaba diseñado solo para dos ocupantes.

Stanley despegó el coche de la acera y salió de Mallaig por el extremo opuesto, en dirección al cementerio. Realmente, el camino comarcal, a causa de las lluvias, estaba intransitable, incluso para los coches. En unos minutos avistaron las tapias del cementerio sin que mediara palabra alguna por parte de ninguno. Stanley cambió de velocidad al enfilar la puerta del cementerio y disminuyó la marcha al encontrarse ante el Depósito. Allí frenó. Alford abrió la portezuela de su lado y eligió cuidadosamente los lugares en los que debía pisar para no meterse en el barro. A dos pasos se volvió hacia el periodista:

—No es preciso que nos espere: puede marcharse.

Stanley salió al camino sin preocuparse por el barro.

—Este es un cementerio público, ¿no? Tengo entonces derecho para visitarlo durante el tiempo que quiera. No me marcharé, Alford.

El doctor Dunnet le miró y soltó una risita. Fue entonces cuando Stanley vio a un individuo extremadamente alto y delgado, vestido de negro y con una mirada sorprendentemente triste y desvaída, que aguardaba al doctor y al alcalde a la puerta del Depósito.

Los saludó con deferencia y, juntos, entraron en el pequeño edificio donde el doctor Dunnet iba a practicar la autopsia en el cadáver de Neil Dumbarton. Unos instantes después, el tipo alto y enlutado salía del Depósito y miraba fijamente a Stanley.

Este se le acercó y le ofreció un cigarrillo.

—¿Es usted familiar de Neil?

El tipo lúgubre negó lentamente. Encendió el cigarrillo, chupó el humo durante unos largos segundos y luego, cuando Stanley estaba a punto de olvidar su propia pregunta, respondió:

—Mi nombre es Garman y soy el enterrador.

Se comprendía su sempiterna tristeza.

—¿Vive aquí?

Garman le miró con la expresión vacía de una calavera.

—No hay dinero bastante para pagarme una noche en el cementerio.

—¿Por qué? ¿Es supersticioso?

—Llevo veinte años en el oficio y en ese tiempo he tenido ocasión de hallar motivos suficientes para afirmar lo que digo.

—¿Alguna aparición?

Garman volvió a chupar el humo del cigarrillo.

—Yo sé quién es usted: un periodista de la capital que anda todo el día burlándose de lo que ocurre en Mallaig, pero el destino le tiene reservada una amarga experiencia.

Parecía un oráculo prediciendo cualquier desgracia.

—No estoy burlándome.

—Oh, sí, lo hace. No cree en la leyenda de Lonely Rock.

—¿Es absolutamente imprescindible?

—Si usted hubiera visto a Guy MacDonald o a Stuart Morven con las marcas del vampiro, como yo, no se mostraría tan escéptico.

—¿Los enterró usted?

—Sí.

—¿Los vio muertos?

—¡Pues claro!

—¿Abrió el ataúd antes de meter a cada uno en su fosa?

—Sí... Bueno, no hacía falta.

Stanley echó una ojeada a las lápidas situadas en las proximidades del Depósito de Cadáveres.

—Por aquí cerca está la tumba de Morven, ¿no es cierto?

—Allá, junto a aquel ciprés.

El muchacho siguió la dirección indicada y para ello, eligiendo el terreno que pisaba, tuvo que pegarse a uno de los muros del Depósito. Apenas había andado dos pasos cuando se detuvo, impresionado, saltándole el corazón en el pecho.

Porque en el suelo reblandecido había hallado unas huellas que muy bien podían pertenecer al cojo Morven.

La marca de un pie que se arrastraba y la huella profunda de otro torcido y deformado por el esfuerzo de toda una vida.

—¿Le ocurre algo? —gritó Garman desde donde le había dejado.

Stanley notó la garganta seca y miró hacia el enterrador. No había ironía en su rostro de palo, ni una doble intención en su pregunta a no ser que fuera un actor consumado. Siguió adelante sin responderle y no perdió de vista ni un solo instante las huellas inquietantes.

Los pasos de Morven se apartaron de la fachada del Depósito, donde quedaban preservados por el alero del tejado, y serpentearon entre las tumbas. El agua caída después había sido el mejor cómplice de Morven, porque había borrado las marcas de sus pasos en el barro hasta eliminarlas por completo.

Se encontraba ante una tumba situada junto a un ciprés. Distraídamente miró la inscripción de la lápida y parpadeó.

STUART MORVEN
*llegó al final de su camino
en un día aciago, víctima de
su incredulidad.
Que Dios le permita reposar
en paz.*

Parecía como si las huellas hubieran desaparecido en la misma tumba, dentro de ella, cuando su inquilino hubiera decidido regresar a su estrecho ataúd.

—Él tampoco creyó en vampiros.

La súbita voz a su espalda le hizo estremecerse. Al volverse vio que Garman, el enterrador, se le había acercado tan silencioso como una sombra.

No tuvo tiempo de responder porque en la puerta del Depósito apareció Keith Alford, el alcalde, que le hizo señas al verle.

—El doctor está terminando con la autopsia. Por si le interesa, le diré que no ha encontrado nada anormal.

—¿Está seguro?

—Sí; puede comunicarlo a su periódico, si lo cree conveniente. Aunque una muerte natural jamás les interesa a ustedes, los periodistas. Prefieren un buen crimen. De ahí su interés por hallar misterios en todas partes.

No aguardó respuesta ni parecía desearla tampoco. Le volvió el rostro y se dirigió con paso vivo a la salida del cementerio. Garman, al verle, corrió como el perro tras el amo hasta que le dio alcance en la misma puerta del camposanto, donde ambos se detuvieron a hablar, sin dejar de mirarle.

Stanley dudó entre dirigirse al encuentro de ambos o penetrar en el Depósito, pero optó por esto último, ya que si se iba al encuentro de Alford estaba seguro de que los dos cambiarían de conversación y en consecuencia, habría perdido el tiempo.

Terminaba Dunnet cuando él empujó la puerta. Por encima del hombro el doctor advirtió:

—No se acerque, Stanley, no va a gustarle el espectáculo. Aguárdeme un minuto y estaré con usted.

Había una pila con agua en un extremo de la fría estancia y en ella se lavó concienzudamente, así como los instrumentos quirúrgicos. Luego se despojó del delantal de goma y de la bata sucia, que dejó en el suelo, y se enfundó en el impermeable.

—¿Podrá llevarme al pueblo de regreso?

—Claro que sí. Por eso le he esperado.

—Gracias. Oí que el alcalde le daba la noticia de que no he encontrado nada anormal en el cadáver de Neil Dumbarton. ¿Decepcionado?

—Sí.

—¿Qué esperaba hallar?

—Un motivo para su muerte por una acción criminal. ¿Cuál fue la causa de su fallecimiento?

—Infarto de miocardio.

—¡Qué oportuno!

—La Muerte no avisa. ¡Ojalá lo hiciera para tener todos tiempo de prepararnos para el trance final!

Subieron al coche. Keith Alford había desaparecido, y Garman se alejaba por entre las fosas. Salieron del cementerio y enfilaron la carretera para regresar a Mallaig en medio de un tenso silencio. Entraban en el pueblo cuando Stanley comentó:

—¡Qué extraño! No hemos encontrado al alcalde por el camino.

—Tiene una finca no lejos del cementerio. No parece que se hayan hecho ustedes muy amigos.

—Recela de mí.

—¿Por qué?

—Imagino que teme algo.

—¿Qué podía temer el alcalde de usted? ¿Supone acaso que tiene algo que ocultar?

—Temo que hay muchas personas en Mallaig que guardan celosamente secretos inconfesables.

El doctor Dunnet arqueó las cejas y le miró con aire perplejo.

—¿Por ejemplo?

Stanley no respondió. Sorteó a unas mujeres que regresaban a sus hogares después de hacer la compra, y se detuvo frente a la casa del médico.

—¿Qué sabe usted de MacBallater?

Dunnet se frotó la barbilla.

—¿Ha averiguado algo sobre él? Señor Marton, debo confesarle que me ha desorientado por completo. ¿Qué busca en realidad y qué idea circula por ese complicado cerebro que Dios le ha dado?

—Eso no responde a mí pregunta.

El médico se encogió de hombros.

—Solo sé que es el «sheriff» de Mallaig, un funcionario judicial del Condado.

—¿Y sobre su pasado?

—Nada. Cuando yo vine a Mallaig él ya estaba aquí.

—¿Era amigo de Neil Dumbarton?

—Supongo que no.

—Pero lo visitaba.

—Quizá sí.

—¿No sabe usted los motivos?

—No; siempre que tenía ocasión hablaba mal de Dumbarton, pero de cuando en cuando subía hasta su cabaña... Supongo que para vigilarlo. Siempre decía que Dumbarton era un indeseable. Pero, ¿por qué no se lo

pregunta al propio MacBallater?

Abrió la portezuela y salió a la acera. Stanley vio que Morag estaba en la puerta de su casa, con pantalones de paño oscuro y un llamativo suéter verde.

—Doctor, ¿certificará la muerte natural de Neil Dumbarton?

Dunnet se irguió y vaciló un instante.

—Ya se lo dije.

Dio media vuelta y entró en su casa. Stanley le siguió con la mirada, advirtiéndole que el doctor parecía incapaz de soportar algún peso demasiado angustioso que gravitaba sobre sus hombros.

Pisó el acelerador y dio la vuelta a la plaza. No creía en el dictamen del doctor Dunnet, pero no sabía si el error que Dunnet cometiese era deliberado o solo producto de su ignorancia.

Se detuvo ante Morag MacLeod que, cruzada de brazos a la puerta de su casa, parecía no verle, interesada por algo que debía ocurrir muy lejos de allí.

Stanley cortó el encendido y saltó a la acera. A dos pasos de la hermosa mujer se detuvo, sin dejar de mirarla.

—¿No tienes una sonrisa para un caminante fatigado? —preguntó, burlón.

Ella dio media vuelta para entrar en su casa, pero no pudo cerrar la puerta antes de que Stanley hubiera entrado tras ella.

Empujó con el hombro la recia hoja de madera, se deslizó dentro, y con ambas manos ciñó la cintura femenina.

Bajo el suéter ella se tensó como un arco. Le apoyó las manos en el pecho y trató de separarse del muchacho, pero Stanley fue atrayéndola poco a poco hasta que la besó en los labios.

Morag estaba realmente furiosa.

—¡Suéltame!

—¿Por qué tan colérica?

—Nunca me he resignado a ser tomada o dejada al capricho del varón. Lo siento. El hombre que llegue hasta mí deberá comprender que soy lo más importante.

—Lo eres. Puedes serlo. Ayer tenía que seguir una pista.

—Y hoy, aburrido, recuerdas que hay una mujer que puede hacer de tus minutos libres algo realmente digno de ser vivido. Lo siento. Ya puedes marcharte.

Consiguió separarse al fin. Stanley comprendió que no iba a ser fácil dominar a una mujer tan emotiva y autoritaria como Morag.

Ella se dirigió a la ventana y miró a través de los visillos a la plaza.

—¿Puedo servirte algo de *whisky*? —preguntó él, sin dar demasiada importancia al enfado femenino.

—Ya sabes dónde están las botellas.

Stanley se sirvió una ración para él y preparó otro *whisky* para Morag.

—Vengo de presenciar la autopsia de Neil Dumbarton.

Ella aceptó la bebida pero no se volvió.

—¿No te interesa saber el resultado?

—Sé cuál será.

—¿Sí?

—Muerte natural; falló el corazón. ¿Qué dijo esta vez Dunnet?

—Tu tono de voz... ¿No crees en Dunnet?

—¡Él y su ciencia! Todo el mundo en Mallaig sabe cuál es la verdadera causa de las muertes que han ocurrido en la región últimamente.

—¿Otra vez los vampiros?

—No te burles.

—No; solo que yo soy escéptico. Quizá porque me eduqué en otra escuela: en una mucho más realista, que se practica a diario en Fleet Street, dónde están instalados los mejores periódicos del país. Allí no se admite sino lo que está comprobado, lo que el hombre puede ver, tocar y comprobar.

—Es un aspecto lamentable de vuestro materialismo.

—Es posible; pero yo no puedo admitir como normal que un hombre muerto, como Stuart Morven, salga de su tumba para matar a nadie. Y no puedo admitirlo, sobre todo, cuando veo sus huellas marcadas en el barro y oigo sus pasos de cojo que arrastra una pierna inútil.

—Eso debería convencerte...

—No; es mucho más fácil pensar que alguien le suplanta o... que no está muerto.

—¡Todos le vimos! ¡Cualquiera puede enseñarte su tumba!

—Sí, pero... ¿y el contenido?

Morag bebió nuevamente. Estaba pálida, alterada todavía por el enfado que la había tornado tan arisca como un gato salvaje.

—De todas formas, no me interesan tus andanzas, Stanley. Vete de una vez.

Stanley le quitó el vaso de la mano y luego la obligó a levantar la barbilla hasta que sus ojos se encontraron.

—Podemos y debemos ser amigos, querida. Eres muy orgullosa, y eso me gusta, pero también mujer y, por tanto, sensible. ¿Quieres ayudarme? Presiento que hay algo siniestro detrás de esa historia de vampirismo que circula por ahí. Posiblemente tú eres la única que no cree realmente, aunque te guste jugar con el miedo de los demás.

Ella cerró los ojos, y Stanley la besó. Poco a poco, los brazos femeninos rodearon el cuello del muchacho.

CAPÍTULO VII

Stanley cerró el sobre y escribió la dirección. «El Viejo» saltaría de su sillón cuando la recibiese. Pegó una estampilla, asegurándose que quedaba bien adherida, y levantó la cabeza al oír la puerta de la posada.

Era Morag. Se había cambiado de pantalones y el suéter por un traje sport y un impermeable de nylon.

—¿Ya has terminado el reportaje? —preguntó mientras avanzaba hacia él, cruzando el vestíbulo de la «Highlands Inn».

—No; solamente le he pedido al director un poco de paciencia mientras consigo algo verdaderamente bueno.

—¿Le explicas lo ocurrido?

—Todo lo que es posible sin darle motivo para que se burle de mí, lo cual es muy poco.

Se incorporó y fue al rincón donde estaba el buzón de la estafeta.

—Espero que llegue mañana —comentó al tiempo que la introducía en el buzón.

Morag señaló la calle.

—¿Me invitas a dar un paseo?

Había en los ojos femeninos una intención algo más profunda que un simple capricho romántico. Stanley miró a su alrededor, cerciorándose de que el *hall* estaba vacío, pero Morag volvió a señalar la plaza.

—Quiero que veas unos paisajes inolvidables.

Salieron de la posada, y Morag abrió la portezuela del descapotable.

—No podíamos hablar ahí dentro.

El ruidoso petardeo del motor atrajo la atención de varias mujeres que estaban agrupadas en el extremo opuesto de la plaza, comentando las incidencias del día.

—¿A qué se debe tanto misterio?

—He sabido algo acerca de Neil Dumbarton.

—¿El qué?

—Tenía algo comprometedor para el «sheriff»... y para alguien más.

—¿A quién te refieres con esa vaguedad?

Morag le miró curiosamente.

—No te ha sorprendido lo del «sheriff».

—Lo sabía.

—Vaya. Y no me lo dijiste.

—No parecías muy interesada por mi investigación.

—Y, sin embargo, me he apresurado a darte mis informes.

Palmeó el brazo femenino.

—¿Otra vez enfadada? Vamos, sé buena chica y llega hasta el final.

Habían enfilado el camino que conducía a Lonely Rock.

—Se trata de John Horner.

—¿Nuestro corresponsal aquí?

—Sí.

—¿Qué tenía Dumbarton que pudiera ser peligroso para Horner?

—Lo ignoro.

—¿Cómo has averiguado esto?

—Dina me lo ha contado.

Stanley frenó a la vista de la cabaña de Dumbarton—. ¿Era por eso que había esa tirantez entre ellos?

—Posiblemente.

El muchacho recordó lo ocurrido la víspera, cuando John Horner se había marchado, furioso, de la cabaña, sin consentir ser devuelto al pueblo por él en su coche, a pesar de que llovía. También recordó que no lo había hallado en su viaje de regreso por el camino y que pensó habría tomado un atajo. Pero si había una enemistad profunda entre Horner y el difunto Dumbarton, entraba dentro de lo posible que el padre de Dina se hubiera escondido en las cercanías hasta que él, Stanley, se alejara lo suficiente, y luego regresase a la cabaña para impedir a Neil Dumbarton que hablase. Incluso podía haberlo seguido hasta la explanada de Lonely Rock...

—¿En qué piensas, querido?

—Agradezco mucho tu colaboración, nena —la acarició distraídamente y luego maniobró para volver al pueblo—. Te llevaré a casa.

—¿Por qué?

—Tengo algo que hacer.

Una vez hubo dejado a Morag en su casa, dejó aparcado el coche frente a la posada y se dirigió a la casa de John Horner. El propio interesado le abrió la puerta.

Continuaba con el mismo humor, al parecer. Estaba hosco y sus pobladas cejas se proyectaban hacia adelante como una visera, intentando ocultar su fiera mirada.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó desabridamente.

—Lo que vengo a decirle no puede oírlo todo el pueblo, Horner. Será mejor que entremos.

Las mejillas del corresponsal adquirieron un matiz rojizo, al tiempo que la sangre huía de sus labios.

Se hizo a un lado, y Stanley entró en la fría casa con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable.

—Bien—Horner tenía prietos los labios—. No es preciso que le diga que su presencia aquí no me resulta grata. Termine de una vez.

Stanley miró atentamente al corresponsal de *El Clarín* en Mallaig, tratando de averiguar qué se escondía detrás de las cejas hirsutas del irascible escocés, pero desistió de su empeño: nunca sabría qué pensaba en realidad John Horner.

—¿Cuál era la causa de la enemistad entre usted y Neil Dumbarton?

Horner pareció recibir un puñetazo en pleno rostro.

—¿A qué viene eso? ¡No le importa a usted...!

—Sé que él ejercía sobre usted una amenaza... quizá un chantaje. ¿Por qué?

—¡Váyase de aquí ahora mismo! —chilló.

Pero Stanley estaba muy tranquilo.

—No le favorece su actitud, Horner. Por lo que he podido averiguar usted tenía suficientes motivos para desear la muerte de ese viejo loco. Y también oportunidad. Ayer no quiso que lo trajera en mi coche al pueblo y tampoco lo encontré por el camino. ¿Dónde se escondió, Horner? ¿Volvió después a la cabaña de Dumbarton? ¿O acaso le siguió hasta Lonely Rock?

El rostro de Horner se había congestionado y sus ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas por la cólera acumulada. Lanzó un rugido, alzó sus pesados puños, y se abalanzó contra el muchacho.

Este no pudo evitar la acometida del coloso, y perdió la respiración al sentir el primer impacto. Trastabilló y retrocedió hasta chocar contra la puerta. Horner alzó nuevamente el puño y lo puso a unos centímetros del rostro del muchacho.

—¡No vuelva por aquí! ¡No lo haga o...!

En el fondo del vestíbulo se alzó la voz de Dina:

—¡Papá! ¡Por favor...!

John Horner retrocedió.

—¡No te metas en esto!

Stanley miró hacia donde había aparecido la hija de Horner y la vio alterada y muy pálida, sinceramente abrumada por la escena que acababa de presenciar. Se pasó la mano por el rostro, dio media vuelta y salió a la calle.

Estaba confuso, después de la violencia de Horner. Hubiera esperado cualquier cosa excepto aquello. Pero, en cierto modo, era lógico lo ocurrido, pues había dado a entender a Horner que sospechaba claramente de él.

Se detuvo en la esquina, mirando hacia la silueta de Lonely Rock que se recortaba contra el cielo plomizo. Allí estaba realmente el secreto de lo que sucedía en Mallaig. Solo allí podía encontrar la razón de aquellas misteriosas apariciones y, también, de las siniestras muertes. Lonely Rock había presenciado la muerte de Guy MacDonald, cuyo cadáver con vida había sido visto por Neil Dumbarton según confesó este en su carta; allí también Stuart Morven había encontrado la muerte, víctima de su propia incredulidad; y en su explanada, el día anterior había llegado al final de su vida Neil Dumbarton, muy poco antes de que revelara su secreto... Lonely Rock parecía realmente maldito. La leyenda del hermano fratricida gravitaba horriblemente sobre Lonely Rock y la comarca, pero Stanley luchaba instintivamente por librarse de aquella vieja y sangrienta tradición,

para buscar algo más lógico que justificara lo ocurrido.

Se decidió por fin. Cruzó la calle y eligió las zonas menos húmedas para salir de Mallaig. Caminaba deprisa, como atraído por una fuerza irresistible que le llamase desde la cumbre de Lonely Rock. Encajadas las mandíbulas y fijos sus ojos en la silueta del viejo castillo, estaba dispuesto a llegar al final sin detenerse a pensar en la gravedad del paso que estaba dando.

Cuando dejó atrás la última casa de Mallaig le salió al encuentro una figura airosa que conocía muy bien.

—Por fortuna le encuentro, señor Marton.

Era Dina, la hija de Horner.

—¿Qué sucede, Dina?

—Quería... una vez más... rogarle disculpe a mí padre.

Estaba sinceramente abrumada; dolida más bien por el comportamiento de su padre. Se la veía deseosa de borrar el mal efecto que la agresividad de John Horner pudiera haber causado en el joven periodista.

—Es un hombre demasiado violento. Y usted sufre por él.

Bajó ella la cabeza.

—Es mi padre.

Ello justificaba su abnegación.

—Dina —trató de mostrarse cordial—. Usted oyó nuestra conversación, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuál era el secreto que conocía Dumbarton del padre de usted?

Bajó ella la vista.

—¿Se lo ha dicho Morag?

No podía negarlo. No tuvo que responder, sin embargo, porque Dina continuó:

—Solo se lo confió a ella y... No debió repetírselo a usted, no ha sido noble por su parte. Usted piensa ahora que mi padre... pudo haber matado a Neil Dumbarton ¡y eso no es cierto! ¡Tiene que creerme, señor Marton! ¡Tiene que creerme!

Lloraba, y Stanley tuvo que cogerla de las manos y calmarla.

—Por favor, le prometo que no creo nada todavía. Pero debe comprender que él tampoco me ha ayudado. ¿Qué es lo que oculta?

Bajó ella la vista y en un susurro confió:

—Mi padre estuvo en la cárcel, hace muchos años, cuando vivió en Londres. En una riña mató a un hombre, sin intención... Era un hampón que trataba de robarle en el Soho... Desde entonces ha vivido siempre encerrado en sí mismo, abrumado por el peso de aquel secreto. Volvió a Mallaig y quiso empezar una nueva vida, pero Dumbarton, que lo conoció en Londres, solía pedirle dinero para beber y para seguir sin trabajar...

Era uno de tantos dramas que los hombres solitarios encierran en sus corazones.

—¿Comprende ahora? Si usted le denuncia, todo su pasado se conocerá y con esos antecedentes tendrá pocas probabilidades de salvarse.

Stanley creía en la sinceridad de aquellos ojos verdes, tan maravillosos y dulces como ningunos de los que había conocido anteriormente. Dina tenía solamente pureza y sencillez. Su ingenuidad contrastaba con la desenvoltura de tantas otras mujeres que habían significado algo en su vida, incluida Morag MacLeod. El atractivo, la vitalidad, la seducción de aquellas era solo juvenil lozanía en Dina: algo cada vez más difícil de hallar.

—Le prometo investigar. Ahora veré en Lonely Rock el secreto que Neil Dumbarton quería contarme.

Ella se alarmó.

—¡No lo haga!

—¿Por qué?

—Nadie que va a ese horrible lugar vuelve jamás.

—Yo sí. Recuerde que estuve en la cumbre.

—Y encontró muerto a Dumbarton. Ahora podría ser usted. ¡No le dejaré que suba!

—¿Por qué ese interés por mí, Dina?

La había cogido de los brazos. Suavemente subió las manos hasta los hombros y se detuvo al notar el estremecimiento femenino. La palidez se había trocado por un enrojecimiento que delataba su turbación. Stanley se apartó de ella para no estropear una flor tan delicada.

—Le... aprecio.

Stanley sonrió y suavemente acarició una de las mejillas de la chiquilla.

—Gracias, Dina. Su afecto me protegerá.

Se apartó de ella y siguió adelante, hacia Lonely Rock, por el camino que serpenteaba hacia la cumbre. Trataba de salvar el barro en lo posible, pero bien pronto, sumido en sus pensamientos, dejó de preocuparse por algo tan falto de importancia. Tenía la sensación de que andaba muy próximo al final. El secreto de Lonely Rock dejaría de serlo dentro de muy poco.

Llegó a las formaciones rocosas y el sendero se estrechó súbitamente. Antes de internarse por los vericuetos de la montaña volvió la vista hacia Mallaig. Desde allá arriba, el pueblo tenía algo de irreal, envuelto en una niebla que se iba espesando a cada instante. Stanley sufrió un estremecimiento. Parecía como si debido a algún hecho mágico Mallaig fuera a desaparecer unos instantes después, con todos sus habitantes. Luego miró hacia arriba, a la escarpada silueta que un día conociera el odio entre hermanos y que diera origen a la leyenda de los vampiros.

Por esas piedras habían desfilado las siluetas de aquellos seres. Un silencio agobiante flotaba en aquel lugar. Parecía como si una atmósfera enrarecida impidiera la transmisión del sonido. Por un instante sintió vehementes deseos de gritar para hallar el eco de su voz en las rocas, pero

no lo hizo.

Siguió adelante, aferrándose a los salientes de las rocas. A un lado, el mar, con sus rompientes llenas de espuma, ejercía un atractivo demasiado grande para una persona que padeciera de vértigo. Él no lo conocía, pero no estaba dispuesto a probar, en aquellas circunstancias. Después de todo lo ocurrido no estaba seguro de no ceder a aquel maligno atractivo de las profundidades.

Rebasó las escarpaduras y volvió a detenerse. El mismo silencio le sorprendió. El aislamiento de aquel lugar era excesivo y, en consecuencia, la ausencia de ruidos producía un malestar difícil de explicar.

Por un momento, se rindió a un escalofrío. La parte de temor atávico que todo hombre guarda dentro de sí a pesar de todo el barniz de la civilización, asomó a la superficie. En aquel instante, cualquier cosa inexplicable podía ser posible: los vampiros, la maldición del lugar, la turbación de los muertos, la sed de sangre, las sepulturas que se abrían mediante algún conjuro para salir de sus entrañas unos cadáveres enloquecidos por la necesidad de atacar a sus semejantes... todo, en fin, que el hombre sencillo y primitivo acepta en sus horas de pesadilla, rendido a su propia debilidad.

Stanley sacudió la cabeza, se pasó la mano por la húmeda frente y siguió la ascensión. Cuando pasó ante el lugar del que había salido el murciélago tuvo buen cuidado de no meter las manos en las oquedades de las rocas, seguro de que todas ellas tendrían su ocupante.

Al fin llegó a la explanada donde había encontrado muerto a Neil Dumbarton. Estaba desierta y abandonada, como si nadie hubiera pasado por allí desde siglos atrás. Los hierbajos crecían por doquier, formando una tupida red que disminuía de espesor en el centro, como si habitualmente fuera utilizado un sendero imaginario sobre las piedras.

Stanley se fijó en que aquella línea se dirigía recta a lo que quedaba de la puerta del viejo castillo. Los muros se habían derrumbado en parte en tiempos remotos y los pesados bloques de piedra habían rodado por la explanada, llegando algunos incluso hasta el mismo borde del precipicio.

El muchacho miró la sombría mole derruida. Detrás de aquellos muros, parcialmente en pie, podía estar el secreto de los sucesos de Lonely Rock. Solo se necesitaba entrar y revisar las dependencias que estuvieran todavía practicables.

Se decidió. Puesto que había llegado hasta allí no podía retroceder.

Cruzó la explanada y llegó ante la puerta. La hoja de madera debió desaparecer hacía mucho tiempo, porque de ella no quedaban más que unos herrajes herrumbrosos incrustados en los muros.

El interior estaba sombrío y amenazador como la cueva de alguna alimaña.

Sacó una linterna del bolsillo y lanzó el cono de luz a través del portón. Encontró primero muros derruidos, sillares de piedra obturando el paso en

parte y...

¡Huellas de pasos!

De pronto, cesó todo escalofrío inquietante. Mientras su imaginación se enfrentó a lo irreal los nervios podían desmandarse, pero de cara a la realidad volvía a estar, seguro de sí mismo.

Cruzó el umbral y entró en las ruinas del castillo.

¡Pero en aquel instante le pareció escuchar algo a su espalda!

Se volvió. A medias solo, porque el primer golpe le dobló. Notó un jadeo detrás suyo y quiso volverse, pero un nuevo golpe en la cabeza le restó más fuerzas todavía. Luego, unas manos le sujetaron con fuerza y lo alzaron como un fardo.

Stanley sintió que se despegaba del suelo y que las fuerzas le abandonaban; una arcada violenta conmovió su organismo y creyó que le habían roto la cabeza.

Entreabrió los ojos y vio el suelo a muy poca distancia. Entonces se dio cuenta de que lo habían cogido por la cintura, como si fuera un fardo.

Su agresor se detuvo y en uno de los movimientos pendulares de su cuerpo, Stanley se dio cuenta de que estaba en el mismo borde del acantilado, sobre el límite de las rocas contra las que, un centenar de metros más abajo, se rompía el mar.

Una señal de alarma circuló por su dolorido cuerpo. ¡Era el final! ¡Tenía que intentar algo si quería conservar la vida!

Pero estaba demasiado estropeado para intentar algo por sus propios medios. Le habían abandonado las fuerzas y sus miembros parecían desconectados de su cerebro.

Las manazas que le habían arrastrado hasta allí empezaron a empujarle. Stanley inició una débil resistencia, pero notó que inexorablemente era desplazado hacia el abismo.

Como una corriente eléctrica circuló por su cuerpo. Debíó ser el instinto de conservación espoleado a la vista del abismo. Se tensó, pareció que algo en su interior crecía e iba a iniciar una violenta resistencia, cuando oyó a su espalda un grito y una orden.

—¡Manos arriba!

Luego, casi al instante, un disparo. Stanley se volvió, todavía envuelto en tinieblas, y vio a Dina en el límite de la explanada con algo en la mano. También notó que su agresor empuñaba una pistola.

El muchacho golpeó ciegamente, sin acabar de razonar correctamente. Solo golpeó, como una máquina, quizá sin demasiada fuerza, pero con el ímpetu y la sorpresa suficientes para romper la guardia de su asesino.

Este retrocedió instintivamente y no calculó las distancias. Una piedra se desplazó bajo su pie, perdió el equilibrio y gritó como un loco mientras caía a estrellarse al pie del acantilado.

Dina volvió a gritar, esta vez de miedo, y corrió hacia él. Stanley dio un paso, alargó los brazos para sujetarse en algún sitio antes de caer, pero solo

encontró el aire y se desplomó.

Las manos femeninas, los sollozos, sus llamadas apremiantes y la sensación de peligro le devolvieron poco a poco la consciencia.

—¡Deprisa, salgamos de aquí! —pidió Dina, tratando de incorporarlo. Stanley la miró.

—Gracias, me ha salvado la vida.

—¡No pierda el tiempo! ¡Este es un lugar maldito...!

Apoyándose en ella, el muchacho se incorporó y empezó a cruzar la explanada.

Dina hizo que pasase un brazo por sus redondos hombros y así, notando el calor y la suavidad de su cuerpo, iniciaron el regreso.

Stanley pensaba, a pesar del horrible dolor de cabeza, en el misterio de Lonely Rock.

CAPÍTULO VIII

El doctor Dunnet le dio una palmada en el hombro y le sonrió:

—Bien, amigo Marton. Por fortuna su cráneo era sólido.

Acababa de ponerle un parche en la región occipital, después de haber hecho la primera cura y cerrarle la herida con unos puntos.

—Necesitará un poco de descanso. ¿Cómo se hizo esto?

Stanley cambió una mirada con Dina, de pie junto al balcón, y se encogió de hombros.

—Resbalé y caí. No estoy acostumbrado a tanto barro.

—¿Dina iba con usted?

—Sí.

—Fue afortunado. Al menos tuvo su auxilio. No se mueva mucho, Marton. La herida podría sangrarle. Aunque por otra parte supongo que no le quedarán ganas: le va a doler bastante. Por si acaso le dejaré a la señora Morven una receta para que le traiga unos comprimidos si el dolor se hace irresistible. Debería acostarse —concluyó al tiempo que abría la puerta.

Cuando quedaron solos, Dina se dirigió al sillón donde reposaba Stanley.

—¿Por qué no ha dicho la verdad?

—No interesa provocar ninguna alteración en la vida de Mallaig.

—Pero no engañará a los culpables. Ellos deben saber que uno de sus cómplices ha caído por el acantilado.

Stanley trató de sonreír a pesar del dolor.

—¡Bravo, Dina! Veo que ya no cree en vampiros.

—Sus razones me han convencido. Además, aquel individuo... era un hombre bien vivo.

—No hable de esto con nadie. Y muchas gracias, Dina. Me ha salvado la vida. ¿Cómo llegó tan oportunamente?

—Fue... una intuición. Pensé que podía necesitar un arma y corrí a buscar una pistola que mi padre guarda en casa. Luego volví a la carrera con ánimo de alcanzarle antes de llegar a la cumbre, pero usted debió subir muy deprisa, y cuando llegué...

—Disparó.

—Al aire, para asustar a aquel individuo.

—Lo demás fue obra de la suerte. No hable de esto, Dina. Las explicaciones podrían ser enojosas.

—¿Qué piensa hacer?

Llamaron a la puerta antes de que Stanley pudiera responder y, acto seguido, entró la señora Morven con un tubo de algún medicamento en la mano.

—Oh, señor Marton, estoy desolada... ¿Puedo hacer algo por usted? ¡Qué desgracia! El doctor Dunnet me ha dicho que tiene una fea herida en la cabeza...

—No se asuste: al parecer mis huesos resisten golpes peores. ¿Esa es la medicina recetada por el doctor?

—Sí.

—Ha sido muy diligente en traérmela, señora Morven.

—No tiene importancia... Solo deseo que se reponga pronto. ¿Quiere que avise a su familia?

—No, muchas gracias. Y no se alarme, me encuentro bien.

—Hay días en que todo sale torcido. Y hoy es uno de esos. Primero esa broma tan pesada y ahora su herida. El doctor me ha dicho que se tome un comprimido ahora mismo: se lo prepararé.

La buena posadera trajinó con el vaso y la jarra de agua hasta que hubo disuelto el comprimido en el vaso.

—Béballo.

Stanley tuvo que abrir la boca a pesar suyo y tragar aquella pócima.

—¡Qué asco! —durante unos instantes compuso unas muecas escalofrantes, y luego preguntó—: ¿De qué broma habla, señora Morven?

—¿No se ha enterado? ¡Oh, claro que no! Cuando usted llegó estaba demasiado mal para darse cuenta. Ocurre que alguien ha roto el buzón del vestíbulo. Supongo que por el simple placer de romper algo. Salí un instante y cuando regresé estaban las cartas que yo había puesto en su interior esparcidas por el suelo. No sé cómo pueden suceder actos tan salvajes en estos tiempos.

Stanley arqueó las cejas pero no respondió nada. La señora Morven, todavía comentando aquella fechoría, salió de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el muchacho miró a Dina.

—No pierden el tiempo.

—¿A qué se refiere?

—Por si me quedase alguna duda, esto lo ha disipado. Han forzado el buzón de correos instalado en el vestíbulo... solo para impedir que mi carta llegara a su destino. Los vampiros no hacen esta clase de trabajos, ciertamente.

—¿A quién dirigía la carta?

—A mi director, pero en ella le pedía que avisara a Scotland Yard.

La muchacha abrió los ojos asustada.

—Eso quiere decir... que han descubierto las intenciones de usted, que está en peligro.

—Cierto. Quizá eso les haga cometer algún error.

—Pero no podrá usted defenderse si le atacan... nadie vendrá en su ayuda.

Stanley sacó la pistola que Dina le había entregado después de la pelea en la cumbre de Lonely Rock.

—Tengo esto, recuérdelo.

La muchacha miró su reloj.

—Debo irme. Mi padre...

—Tiene razón; no se preocupe por mí: sabré defenderme.

Dina salió de la habitación, y Stanley continuó sentado en el mismo sillón, envuelto en la manta, con la pistola en la mano. Adoptó una postura cómoda y entrecerró los ojos. Estaba realmente cansado y la herida de la cabeza empezaba a dolerle, a pesar del medicamento.

Se amodorró durante varios minutos y casi se durmió, pero le sobresaltó un crujido del entarimado del pasillo. No abrió los ojos, sin embargo. Se limitó a entreabrirlos un milímetro a fin de mirar hacia la puerta fingiendo que dormía. Su mano, bajo la manta, apretó con firmeza la pistola y aguardó.

El pomo de la puerta empezó a girar suavemente y luego la hoja de madera se deslizó en silencio.

Con el corazón galopándole dentro del pecho esperó a que el recién llegado hiciera acto de presencia. El dedo índice estaba enroscado en torno al gatillo, tensándolo, casi a punto de impulsar el percutor sobre el fulminante.

Por fin vio al recién llegado. Era Seton Marlow, el hacendado pretendiente de Morag. Lo vio en pie, parado bajo el dintel, mirándole con expresión crítica.

Luego, despacio, entró en la habitación mirando a su alrededor, como buscando algo. Le oyó dirigirse a la mesita situada a su espalda donde la señora Morven había dejado el tubo con la medicina y más tarde al perchero donde colgaba su impermeable.

Tropezó en una silla, y al ruido Stanley tuvo que fingir que despertaba.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué hace usted aquí?

Marlow se volvió, forzando una ancha sonrisa.

—Vine a... verle.

—No le oí llamar.

La indirecta hizo mella. Seton Marlow fue hasta él y de pronto lanzó una carcajada.

—Tocado. Apuesto algo a que me vio entrar y desde el principio ha estado espiándome.

Stanley sacudió la cabeza.

—Yo diría que si alguien trató de espiar... fue usted.

—Vaya, sigue sin pelos en la lengua. ¡Pues sí! Quise echar una ojeada por aquí.

—Supongo que le asiste alguna razón fundamental.

—Trataré de explicarme.

—Hágalo, sí. De otra forma creo que voy a incluirle en un grupo nada grato.

—Es que no me gustan las mentiras.

—¿No?

—Y usted ha dicho varias. Por ejemplo, que se hirió al caerse, que resbaló en el barro.

—¿Y...?

—Su impermeable está absolutamente limpio.

—Temo que deberá admitir mi explicación a menos que tenga otra mejor.

—Es posible que la tenga, sí —se sentó en la cama, frente a Stanley, y cruzó las piernas con desenfado—. Digamos... que subió a Lonely Rock, que tuvo allí un encuentro con alguien, que lucharon y que... arrojó a ese alguien por el acantilado. Digamos que Dina le ayudó. ¿Me apartaría mucho de la realidad?

Stanley trató de leer en aquellos ojos burlones y desafiantes como los de un gato. Seton Marlow sabía la verdad. Cómo había llegado hasta ella era un secreto, pero bien podía estar enterado porque él mismo conociera lo que ocurría en Lonely Rock, porque él mismo fuera el causante de los extraños sucesos del lugar.

—¿Qué pretende, Marlow? Usted presume de sinceridad: empléela ahora.

El pretendiente de Morag sacó una bolsa de tabaco en la que sepultó la cazoleta de una pipa. Durante un par de minutos se ocupó de la delicada tarea de llenarla.

Cuando, por fin, las hebras de tabaco hubieron llenado la pipa, Marlow explicó:

—Quiero que se marche de Mallaig. Hoy mismo. Ahora.

—¿Por qué?

—Me estorba—se había puesto súbitamente serio. Sus ojos aparentemente inocentes habían adquirido una dureza escalofriante. Rascó una cerilla, prendió la pipa y lanzó una bocanada—. No bromeo.

—Está muy seguro de que voy a obedecerle.

—Usted parece inteligente. Use la cabeza... y comprenderá que se le complicaría mucho la vida, si yo declarara todo lo que sé.

—En casos como este, el testigo debe explicar por qué medios conoce cuanto declara. Si dice a las autoridades que estaba en Lonely Rock donde presencié mi pelea... será muy fácil probar que mi agresor era cómplice de usted.

Seton abandonó su aire terrible y sonrió.

—No estaba en Lonely Rock, sino abajo, en el mar, a bordo de una lancha. Con ayuda de unos prismáticos, y a la distancia en que me hallaba de la costa, pude ver cuanto ocurría en Lonely Rock. Le identifiqué a usted y también a Dina. Y vi cómo caía alguien. Traté de buscar el cadáver, pero no lo hallé al pie de las rocas. Aunque estoy seguro de que un buen buceador lo encontraría fácilmente... ¿Qué me dice ahora?

—Que posee buena imaginación: ha urdido una buena historia para

librarse de cualquier acusación, pero va a resultarle difícil demostrarla.

—Se equivoca. No iba solo en la lancha: me acompañaba el piloto, un viejo lobo de mar.

Stanley apretó los labios. Marlow había sido condenadamente listo.

—Ya le he avisado, Marton. No quiero verle por Mallaig ni un minuto más: váyase.

Marlow fue hasta la puerta, la abrió, lanzó una bocanada de humo mientras miraba por última vez al muchacho, y desapareció.

Cuando dejó de oír sus pasos en el corredor, Stanley se incorporó, guardó la pistola en el bolsillo, y dejó la manta sobre el sillón. Al hacer aquellos movimientos tuvo que morderse los labios para contener unos gemidos a causa del dolor de su cabeza. Pasados unos instantes de inmovilidad, encontró fuerzas para cruzar la habitación y llegar a la mesita donde la señora Morven había dejado el tubo de comprimidos para el dolor de su cabeza. Había oído a Seton Marlow tocarlo y una sospecha aleteaba en su cerebro.

Lo destapó y vertió los primeros comprimidos en la mano.

Había acertado en sus suposiciones.

Porque la primera pastilla era distinta a las restantes, de un tamaño y forma aproximados, pero ligeramente más amarilla.

La separó, devolvió las restantes al tubo y envolvió el comprimido sospechoso en un trozo de papel.

En aquel instante sonaron unos golpecitos en la puerta. Stanley se guardó el envoltorio con el comprimido y la puerta se abrió para dar paso a Morag.

—¡Oh, estás mucho mejor de lo que me han dicho! —sonrió—. Acabo de llegar.

Cerró con cuidado y le besó suavemente en la comisura de los labios.

—¿Cómo fue?

Stanley repitió la misma historia, que ya empezaba a considerar auténtica.

—Eso te ocurre por no permitir que te acompañara. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Creo que no.

—¿Has descubierto algo nuevo? ¿Te sirvió el informe que te di?

—No he llegado a ninguna conclusión. Y ahora estoy demasiado confuso para seguir.

—¿Vas a renunciar a tu reportaje?

—No lo sé.

—Obrarías sensatamente si lo hicieras. ¡Tengo una idea! Debo hacer un viaje por motivos comerciales: estoy a punto de vender una buena partida de heno. ¿Quieres acompañarme?

Le rodeó el cuello con los brazos y dejó que su aliento acariciara los labios masculinos.

—¿Qué diría Seton Marlow?

El rostro femenino se ensombreció.

—¿Por qué lo nombras ahora? ¡Es... odioso!

—Pero te ama. ¿No has pensado cuál puede ser la reacción de un hombre desdeñado?

—No me preocupa. ¿A ti sí?

Era una pregunta llena de intención. Cualquier respuesta, tanto afirmativa como negativa, comportaba un riesgo.

—Creo que ninguno de los dos conocemos realmente a Seton Marlow. Y si es como sospecho, tengo con él una cuenta pendiente.

Se soltó del abrazo femenino y se puso la chaqueta de ante que estaba colgada de una percha.

—¿Vas a salir?

—Sí; me ha desaparecido el dolor de cabeza.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Morag fue tras él, lenta, centelleándole las pupilas.

—Has vuelto a despreciarme, Stanley. Será la última vez.

El muchacho fue a decir algo que calmara la cólera femenina, pero ella le apartó bruscamente, le rozó al pasar a su lado con su espléndido cuerpo, y desapareció con paso vivo.

Stanley suspiró, diciéndose que nunca terminaría de conocer a la temperamental Morag MacLeod.

CAPÍTULO IX

El farmacéutico levantó los ojos del fragmento de comprimido que había pulverizado, ajustó los lentes sobre el caballete de la nariz, y dijo:

—Tenga cuidado con estos productos: son venenosos.

—¿Tiene usted idea de dónde ha podido obtenerse este comprimido?

—Su uso es habitual en la comarca para matar roedores.

Stanley murmuró un saludo y se despidió del farmacéutico. Una vez en la calle tomó una resolución y subió a su descapotable que estaba aparcado ante la fachada de la casa.

Mientras petardeaba el motor en dirección a la salida sur de Mallaig, Stanley estaba pensando en los pasos que debía dar. Una vez en la carretera, dándole en el rostro el fresco y húmedo aire, se sintió más despejado, aunque se intensificaron las molestias de su cabeza con el movimiento del vehículo.

Cuando llegó ante la casa de Seton Marlow había tomado su decisión. Al ruido del coche apareció Marlow en el porche, rodeado por sus perros.

—¿Ha venido a despedirse? —preguntó, no sin cierta ironía.

—Quiero tratar un asunto con usted, Marlow.

El aludido rio, interpretando falsamente las palabras del muchacho.

—De acuerdo, Marton. Entre con toda confianza. Ya sabe que mis perros son inofensivos... mientras yo así lo deseo.

Stanley subió a la veranda, vigilando estrechamente el comportamiento de los perros, que gruñían sordamente al verle avanzar. Pero no se movieron. Marlow señaló el interior de la vivienda, y Stanley cruzó el umbral, seguido por el dueño de la casa. Los perros quedaron fuera, gruñendo todavía.

—Bien, Marton, veo que ha sabido comprender la situación. ¿Se encuentra mejor para emprender el regreso?

Stanley tenía ambas manos metidas en los bolsillos del impermeable.

—Sospecho que se equivoca, Marlow: no he venido a despedirme.

—¿Cómo dice?

—No me voy.

El hacendado apretó los labios y sus ojos delataron el irrefrenable impulso de la ira.

—¿Ha venido en son de pelea, Marton?

El muchacho sacó la pistola que le había dado Dina.

—Tenemos que charlar usted y yo.

—Oiga, ¿qué intenta hacer? —se pasó la lengua por los resecos labios—. ¿Se ha vuelto loco?

—Ha jugado demasiado alto, Marlow, y no ha contado con mis propias

cartas —sacó el envoltorio con lo que quedaba del comprimido, después del análisis del farmacéutico, y lo dejó en la mesita del bar—. Tómese esto, Marlow.

Escanció «whisky» en un vaso y señaló el comprimido.

—Tómelo. Ya le he preparado la bebida adecuada.

Marlow miró la media pastilla y luego desvió sus ojos hacia el muchacho.

—¿Pretende que me suicide? ¡Oh, no! Si quiere matarme, dispare de una vez: al menos tendré la satisfacción de que lo lleven a la horca.

Stanley sonrió.

—De modo que reconoce esa pastilla.

—Naturalmente, he utilizado cientos como esas para matar ratas en los graneros.

—Me refiero concretamente a esta.

—No sé a dónde quiere ir a parar.

—Es sencillo, Marlow. La encontré en el tubo de medicamentos que tenía en mi cuarto. Y solo usted lo tocó, cuando creía que estaba dormido.

El aludido lanzó una imprecación.

—¿Y piensa que yo la puse allí?

—¿Quién si no?

—¡Decididamente está loco!

Antes de que Stanley pudiera preverlo, Seton Marlow se lanzó contra él y le propinó un golpe en el rostro. El periodista cayó hacia atrás. Estaba en franca inferioridad de condiciones frente a su adversario y no pudo eludir el primer ataque. La pistola se le deslizó de la mano. Marlow fue a pegarle de nuevo, pero Stanley se desplazó lateralmente y el puño del hacendado encontró la dura oposición de la pared.

Se oyó el crujido de los dedos de Marlow y el grito de dolor de este. Stanley aprovechó aquel instante para incrustar su puño en el estómago de su oponente y luego aplicarle un gancho al mentón que lo arrojó al suelo, casi desvanecido.

El muchacho recuperó la pistola y se arrodilló junto a Marlow, que le miraba con expresión desvaída.

Le aplicó el cañón del arma a la garganta.

—Voy a disparar si no dice la verdad, Marlow.

—¡No lo puse yo! —balbució.

—Entonces, ¿por qué me amenazó? ¿Por qué me ordenó que abandonara el pueblo? ¿Cuál es su interés en esta historia? ¡Responda! —Marlow respiraba con dificultad, tratando de recobrar algunas energías mientras Stanley, demasiado furioso, le zarandeaba—. ¡Yo sé lo diré! ¡Usted es el responsable de los sucesos que ocurren en Lonely Rock y teme que yo lo descubra! ¡Por eso quiere que abandone el lugar! Pero no lo haré, Marlow.

No lo haré hasta que todo quede suficientemente claro. ¡Vamos, hable!

El hacendado sacudió la cabeza y murmuró:

—Está... equivocado. Si le amenacé para que se marchara es porque amo a Morag MacLeod... Ella parece hechizada por usted, y yo quiero conseguirla a cualquier precio.

—¡Voy a disparar! —amenazó para ver si decía la verdad.

Pero Marlow apretó los labios.

—Hágalo. No puedo decirle otra cosa, sino la verdad. Pero recuerde esto: si no me mata, usted y yo nos volveremos a enfrentar. La otra vez le dije que sería capaz de matar por Morag.

Stanley le soltó y guardó la pistola.

—Y vuelvo a repetirle que esa mujer no significa nada para mí. Ni lo ha significado nunca. No tiene motivos para estar celoso.

Se apartó de Marlow, que se puso en pie, mientras se frotaba la mano lastimada.

—Márchese, Marton.

El muchacho estaba absorto en sus propias reflexiones. Distraídamente asintió, dio media vuelta y regresó al coche.

Hasta que hubo salido de la finca, temió que Seton Marlow lanzara contra él los perros, pero aunque le estuvo vigilando desde la puerta rodeado por los canes, no pronunció la fatídica orden.

* * *

La señora Morven tembló ante las palabras del muchacho y su rostro palideció al máximo.

—¡Señor Marton! —parecía ahogarse—. ¡No es posible que sea cierto lo que me dice!

Stanley asintió gravemente.



—Has vuelto a despreciarme y... será la última... ..

—Lo ha comprobado el farmacéutico: había un comprimido de una sustancia venenosa en el tubo que usted me trajo. ¿Dónde lo consiguió?

—En la farmacia, por supuesto.

—¿No se lo dio a nadie? ¿Lo compró usted misma?

—Oh, sí. Señor Marton, no irá a pensar que yo...

—No la estoy acusando, tranquilícese. Pero es de suma importancia que usted recuerde lo que hizo exactamente. Veamos. Usted fue a la farmacia y compró los comprimidos.

—Sí.

—Luego me los subió a mí habitación.

—Claro.

—¿En algún momento dejaron de estar en poder de usted? Recuerde

bien.

—Estoy segura. Subí directamente a su habitación, sin detenerme.

Stanley arrugó la frente. Aquello significaba que había sido en la propia farmacia, donde...

—¡Aguarde! Ahora que lo pienso bien...

—Siga.

—Morag me llamó.

—¿Morag? Explíqueme eso.

—Acababa de entrar aquí, en el vestíbulo, cuando Morag me llamó desde la puerta de la calle: quería saber lo que le había sucedido a usted. Yo... creo que dejé la medicina encima del mostrador... aquí.

—¿La perdió de vista durante algún momento?

—Pues... temo que sí, señor Marton —bajó la vista al suelo y enrojeció—. Usted va a pensar que soy muy descuidada, pero es que me une una buena amistad con Morag: es tan buena y tan comprensiva...

—¿Por qué no entró ella en el vestíbulo?

—No sé. Bueno, dijo que quería hacerme unas preguntas reservadas y me hizo pasar a su casa. Deseaba conocer detalles de usted.

Stanley arqueó las cejas.

—¿Qué clase de detalles?

—Me hizo algunas preguntas sobre usted, si tenía familia, esposa o personas que aguardaran su regreso en Londres... Temo que estoy cometiendo una indiscreción, señor Marton... Esa muchacha está muy interesada en usted. Yo diría que se ha enamorado, perdóneme que se lo diga.

—¿Cuánto tiempo estuvo con ella?

—Varios minutos, no sé. Yo estaba nerviosa, pensando que usted necesitaba esos comprimidos para aliviarse y así se lo dije.

—¿Vio a alguien cuando regresó al vestíbulo?

—No.

—¿Y todo seguía igual?

—Yo diría que sí, aunque... no podría afirmarlo ni negarlo categóricamente. ¿Qué opina, señor?

—No sé, es todo demasiado complicado. Gracias, señora Morven.

Subió a su habitación y se encerró cuidadosamente para evitar sorpresas. Luego, se tendió en la cama vestido y fijó sus ojos en el techo, para reflexionar.

Stanley se daba cuenta de que estaba examinando el caso desde un punto de vista irreal, dando por ciertos hechos que podían ser solo aparentes.

Se acomodó mejor y dejó que su cerebro funcionase libremente, sin las trabas de ideas preconcebidas. Solo así podría, quizá, hallar la solución.

Lo primero que se le ocurría era que en Lonely Rock, entre aquellas ruinas, había algo que por su importancia justificaba las muertes y la

leyenda de los vampiros. Conociendo el espíritu temeroso de los habitantes de la comarca, no era difícil asegurar que nadie se arriesgaría por las alturas de Lonely Rock por temor a tropezar con los vampiros. Eso daba a los que utilizaban Lonely Rock, una seguridad absoluta.

¿Qué podía guardarse allí de tanto valor? No podía imaginarlo siquiera. Había estado a punto de descubrirlo, pero su encuentro con aquel desconocido que casi logró matarlo había truncado el examen del lugar.

Stanley se pasó la mano por la frente. No podía seguir más allá por aquel camino, de modo que abandonó el curso que seguían sus pensamientos y se concentró en detalles más concretos.

Alguien suplantaba a Stuart Morven para asustar a la vecindad y a la propia señora Morven. ¿Lo suplantaba realmente o es que Stuart Morven no había muerto en realidad?

Pero el doctor Dunnet había certificado su defunción, y Garman lo había enterrado. Lo mismo ocurrió con Guy MacDonald: otro muerto que había sido visto vivo por Neil Dumbarton.

¿Por qué no pensar que ambos estaban vivos?

Pero, si aceptaba este hecho, inmediatamente estaba obligado a reconocer que el doctor Dunnet era cómplice y que había mentido al certificar la defunción de ambos. No había existido tal ataque cardíaco, en suma, según la versión dada oficialmente, aunque el pueblo suponía que habían muerto por la agresión de un vampiro.

El muchacho se encontró bañado en sudor, dada la intensidad de sus pensamientos y la importancia de los descubrimientos que estaba obteniendo.

Siguió adelante. Si aceptaba la culpabilidad del doctor Dunnet, no podía aceptar por bueno el resultado de la autopsia practicada a Neil Dumbarton. Por tanto, no habría muerto a causa de un infarto de miocardio, sino, posiblemente, por la acción de algún veneno.

¿Un veneno como el que le habían preparado a él mismo en el tubo de comprimidos?

Se incorporó en el lecho, arañando la colcha alarmado en el torbellino de sus reflexiones. Notaba que estaba acercándose al momento crucial de su investigación. El corazón palpitaba agitadamente en su pecho y respiraba con ansiedad, roto el ritmo normal. Allí, en aquel comprimido, estaba la clave. Lo adivinaba. La señora Morven había sido llamada por Morag para hacerle unas preguntas ciertamente extrañas... Preguntas sobre él mismo... Morag parecía muy interesada en averiguar si él tenía familiares... ¿quizá para calcular si alguien se extrañaría de su desaparición?

Se incorporó de un salto, agitado por la turbulencia de sus pensamientos. Era demasiado grave lo que estaba imaginando. ¿Por qué había empezado a mirar las cosas desde ángulos inverosímiles? Si continuaba por aquel camino iba a terminar desconfiando hasta de las

personas más inocentes... Porque si aceptaba siquiera el pensamiento que acababa de materializarse en su cerebro, debería admitir la posible culpabilidad de Morag MacLeod, la extraña y temperamental mujer, que le había brindado tiernos instantes de intimidad amorosa desde el mismo momento de su llegada.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. No. No podía aceptar ni siquiera aquel pensamiento. Morag no podía haber mentido hasta ese instante. No podía besarle ni buscar su amor mientras estaba planeando asesinarle... Otra vez recordó la flexibilidad del cuerpo femenino, la suavidad de su piel, sus brazos, sus labios cálidos y posesivos... ¿Ella asesina? Podía matar, sí, por amor, por celos, pero otra cosa... Y sin embargo, allá dentro del cerebro de Stanley, se agigantaba la sospecha.

¿Por qué aquella seducción femenina? Vanidosamente la había aceptado como cosa natural a sus propios merecimientos, pero despojándose de toda ingenuidad tenía que preguntarse por qué Morag le prefería a él, cuando Seton Marlow le había demostrado tantas veces su rendida admiración.

Aquellas preguntas a la señora Morven... su seducción para hacerle abandonar Mallaig y acompañarla en un viaje que prometía feliz... Y, mientras, alguien ponía un comprimido de veneno en el tubo de medicina...

Se dio un puñetazo en la mano opuesta ¡Eran demasiadas coincidencias!

Y, por si fuera poco, Morag se complacía en difundir las más terroríficas historias en torno a Lonely Rock.

Era una hora muy avanzada. El silencio más absoluto remaba no solo en la posada, sino en todo el pueblo. Y en aquel silencio, recordó los pasos siniestros que a veces sonaban en el piso alto. Aquellos pasos propios de un cojo...

Una serenidad indefinible le invadió, como si por fin hubiera hallado la solución. Recordaba la visita hecha al desván, las huellas marcadas en el suelo y los ruidos que oyera también por la noche.

Tenía que volver a aquel lugar. Tenía que hacerlo y comprobar si el desván lindaba con la casa de Morag, porque si era así...

Fue al lavabo y se restregó los ojos con agua fría. No tenía sueño pero quería asegurarse de que no iba a ver visiones. Se encontraba demasiado cerca del final para permitirse un descuido...

Comprobó que la pistola funcionaba y cogió la linterna. Luego, en zapatillas, salió de su habitación.

CAPÍTULO X

En cuanto subió la escalera, Stanley se sintió en un mundo distinto. Más allá de la zona donde habitualmente se hacía la vida, parecía que se abría una incógnita abrumadora.

Llegó al término de la escalera y se detuvo. El estrecho corredor quedaba de pronto cortado por la puerta tras la que se extendía la ya conocida habitación, con sus huellas de pasos que no terminaban en ninguna parte. La linterna que manejaba el periodista buscó en todos los rincones la causa de aquel prolongado misterio, pero el silencioso examen de la luz no reveló nada interesante.

Pisando suavemente sobre la punta de los pies protegidos por las zapatillas siguió adelante, tensos los músculos de su cuerpo, sólidamente aferrada en su mano la pistola.

La puerta se abrió con suavidad, sin un gemido, bien engrasada. En el suelo, las mismas huellas pregonaban que no había soñado la presencia de visitantes extraños en lo alto del edificio. Eran huellas de pisadas que empezaban y terminaban en sí mismas, sin continuación posible en otra habitación o pasadizo. Stanley buscó el interruptor de la luz y lo pulsó, sin importarle la alarma que pudiera causar, pues estaba seguro de que si había alguien próximo ya habría advertido su presencia.

La lámpara central se encendió, y Stanley alzó la cabeza para mirarla. Era un hermoso quinqué antiguo de bronce y cristal, con una argolla en su parte inferior para tirar de él y un dispositivo de sube-y-baja, frecuente en aquel tipo de lámparas.

Una idea se deslizó en su cerebro. Ya había observado la vez anterior que las pisadas parecían confluír siempre en el centro de la estancia, justo bajo la lámpara.

¿Había alguna relación entre ambos hechos? Se detuvo solo un instante a reflexionar. Alargó después el brazo, notando las palpitaciones de su corazón, y apresó la anilla. Luego, tiró.

El quinqué descendió al instante y al propio tiempo oyó un metálico tintineo que le sorprendió. Alzó la vista y comprendió la causa.

El dispositivo de sube-y-baja no se movía pero, en cambio, el plafón del techo se había desprendido de su lugar habitual y descendía adosado a la lámpara dejando en lo alto un hueco similar al de la escotilla de un submarino. Stanley dirigió hacia allí el foco de la linterna y se maravilló ante la perfección del sistema. Del hueco así practicado descendía una escala por la que era fácil la ascensión. Se justificaban de esa forma las huellas marcadas en el piso que hasta entonces parecían volatilizarse en el aire.

Enfocó Stanley su linterna hacia lo alto y lo único que vio fue el círculo de luz reflejado en el bajo techo de la falsa. Sin dudarle, empezó a subir por la escala, y un instante después se deslizaba por el hueco del techo, no sin antes revisar con la linterna el lugar.

No era una falsa normal, como la de cualquier edificio. Los planos inclinados del tejado formaban una habitación muy reducida, pero que había sido habilitada por alguien, a juzgar por los muebles y utensilios que se veían por allí.

Suavemente, Stanley emergió de la escala y avanzó por la falsa. Un catre adosado a la pared mostraba la huella de un cuerpo y al tocar la ropa creyó percibir restos de calor humano.

Eso significaba que alguien había estado allí hacía unos minutos.

Aquella idea le hizo volverse en redondo, consciente del peligro que se cernía sobre él.

Quizá fue su instinto lo que le hizo dar aquel giro, que resultó salvador, por cuanto intuyó más que vio que una sombra se precipitaba sobre él.

Se ladeó y golpeó con la mano armada. Notó la violencia del golpe con la pistola en el cuerpo del contrario, quizá en un brazo. Su agresor gimió de dolor, pero debía estar demasiado furioso, por cuanto aquello no le detuvo sino que, por el contrario, pareció acrecentar aún más su furia.

Stanley recibió un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse y luego un violento empujón que lo arrojó al suelo, perdiendo la linterna.

El desconocido se inclinó sobre él sin dejar de gruñir, y el muchacho se estremeció al notar en su cuello unas manos frías, armadas con hirientes uñas. La idea de que estaba luchando con el vampiro de Lonely Rock le hizo temblar y notó que los cabellos se le erizaban.

Pero no cedió al miedo y se debatió con furia desordenada. Golpeó y pateó con frenesí, impidiendo que aquellas manos heladas hicieran presa en su garganta, y, sobre todo, que las afiladas uñas hirieran su piel.

Logró meter las rodillas bajo su agresor y golpeó fieramente, al distenderlas. Su oponente salió despedido, chocó contra un muro y cayó al suelo. Stanley tanteó sus alrededores en busca de la pistola, que también había perdido, pero no la encontró. Su agresor, mientras, juzgando que tenía que vérselas con alguien demasiado duro, optó por huir precipitadamente y cuando Stanley oyó sus pasos que se alejaban se incorporó vivamente, dispuesto a no dejarlo marchar.

La linterna había rodado hasta un rincón, pero continuaba funcionando afortunadamente. La recogió, buscó la pistola, y recorrió la buhardilla en persecución del desconocido, pero en el recodo por el que le había visto desaparecer se detuvo al contemplar una mesa sobre la que había varios papeles en desorden, como si alguien hubiera estado trabajando en ellos.

Enfocó el haz de su linterna y parpadeó, asombrado. Porque lo primero que advirtió fue una carta marina en la que destacaba con un círculo rojo la punta de Lonely Rock.

Se inclinó para comprobar su significado y entonces se dio cuenta de que los nombres en ella impresos pertenecían a un idioma desconocido, con abundancia de consonantes y acentos, quizá eslavo o centroeuropeo.

Un ruido próximo le impidió continuar el examen. Había sonado muy cerca, como el chasquido de un resorte al soltarse.

Stanley se volvió instintivamente y con él el cono de luz de su linterna.

Aquello le salvó la vida sin duda, porque la luz iluminó un pañol de pared que se había deslizado en parte, y por cuyo hueco asomaba el cañón de una pistola armado con un silenciador.

Se arrojó al suelo una fracción antes de que sonara el ahogado taponazo del disparo. El periodista notó el zumbido de la bala sobre su cabeza y el seco impacto del proyectil en el muro.

La mano retrocedió vivamente, y de nuevo Stanley escuchó la carrera del que huía.

Se incorporó y atravesó valientemente la puerta secreta que conducía a no sabía dónde.

Suavemente, el pañol de pared volvió a encajar, accionado por el resorte, y Stanley se encontró en el desván de la casa contigua, precisamente la que habitaba Morag MacLeod.

Aquel detalle le paralizó, abrumado por la culpabilidad que entrañaba para la hermosa pelirroja. Stanley empezaba a hilvanar en su cerebro los detalles hasta entonces dispersos, y no pudo contener una maldición al comprender el verdadero significado del vampiro de Lonely Rock.

Sí; era muy necesario que aquella tétrica historia de vampirismo siguiera viva en la mente de los lugareños de Mallaig. Lonely Rock necesitaba absoluta soledad para seguir siendo útil...

Encajó las mandíbulas, apretó con fuerza la pistola y siguió adelante, decidido a no dejarse burlar más.

Al llegar al término del desván encontró una puertecita. La abrió con precauciones, protegiéndose con la pared, pero ya no se produjo ningún nuevo disparo. Antes de asomarse, sin embargo, percibió el aroma salobre del mar, lo cual le anunció que aquella puerta daba al exterior, quizá a una escalera adosada a la fachada.

Con precauciones salió. Efectivamente, una escalera descendía hasta la parte posterior de la casa y terminaba en un vallado contiguo al muelle. Desde lo alto, Stanley divisó las luces del puerto y percibió el ruido del mar.

Silenciosamente descendió, cruzó el patio y salió por la puerta de hierro que estaba entornada y que daba al muelle.

—Quieto. Levante las manos.

La orden había surgido de su derecha y la había dado alguien muy acostumbrado a mandar. Su tono seco no invitaba a heroicidades innecesarias.

Stanley volvió la cabeza y vio a un individuo macizo, de ancho tórax,

rostro que parecía tallado en piedra y pelo cortado en forma de cepillo. Lo más importante, sin embargo, era la pistola que llevaba soldada a su diestra.

—Al fin me cazó —gruñó Stanley.

—Llevo años en este oficio. ¡Suelte esa pistola o...!

No hacía falta continuar amenazando. La orden se completaba por sí sola.

—Este es el hombre que le dije, Stanley Marton.

La nueva voz le sorprendió mucho más. El muchacho vio entonces que detrás de su enemigo estaba Dina Horner, tan espiritual, tan hermosa, tan rubia y delicada, pero escondiendo turbios secretos.

—¡Dina!

—¿Le sorprende?

—Oh, claro. Hubiera pensado cualquier cosa... excepto esto.

—¿Qué imagina? —gruñó el tipo de la pistola acercándose, una vez que el muchacho hubo tirado su arma.

Le cacheó metódicamente, comprobó que no llevaba nada más, y luego le cogió la linterna, con la que le enfocó al rostro.

Stanley parpadeó, cegado por la luz.

—Es fácil. Acabo de encontrarle a usted en el desván, donde nos hemos peleado y, persiguiéndole, me ha capturado. Con la ayuda de Dina, por supuesto. Diga, ¿para qué utilizan Lonely Rock?

La muchacha alzó su voz, alarmada y dolorida.

—¿Qué se imagina, Stanley? ¿Supone que yo...? Pero...

El desconocido retiró de su rostro la linterna y la dirigió a un lado de la valla, junto a la puerta.

—¡Tiene gracia la cosa! —exclamó—. Usted debió perseguir a este. ¿No?

Y enfocó la figura de un hombre caído de bruces y a medio vestir, que parecía sin conocimiento.

—Tuve que golpearle —se excusó el tipo de la linterna—. No quiso obedecer, y... Pero creo que no me he presentado antes. Soy el inspector Campbell de Scotland Yard. Para ser más exactos, pertenezco a la «Special Branch», dedicada, como usted sabe, a cuestiones de... espionaje. Por lo que veo la señorita Horner estuvo acertada al llamarnos por teléfono, aunque la verdad es que ya andábamos muy cerca, tras la pista de estas infiltraciones de agentes extranjeros.

Dina se acercó al muchacho y alzó sus bellos ojos hacia él.

—¿Cómo ha podido pensar que yo...? —no terminó, verdaderamente dolida, y Stanley comprendió.

La cogió de los hombros y la acercó a su pecho, acariciándola dulcemente.

—Dina, perdóname —la tuteó—. Estaba demasiado confuso y... Gracias por tu ayuda.

Hizo que levantara el rostro y la besó suavemente en los labios. La

muchacha se estremeció. El inspector Campbell se había inclinado sobre el agente que Stanley persiguiera, y empezó a registrarle los bolsillos.

—¡Hola! ¿Qué es esto? —exclamó el policía.

Stanley dejó a Dina y acudió al lado del inspector, que miraba unos papeles.

—Documentación a nombre de Mark Nelson, imagino que falsa, por supuesto, ya que junto a ella hay unas instrucciones muy curiosas que le indican lo que debe hacer cuando llegue a Lonely Rock. ¿Alguno de ustedes ha oído mencionar este nombre?

Stanley se inclinó por encima del hombro del policía.

—¿Entiende usted ese idioma?

—Sí; por eso me comisionaron para que llevara a cabo esta investigación. Teníamos indicios de que agentes de esa nacionalidad estaban infiltrándose en el Reino Unido. Pero no han respondido a mí pregunta.

—Inspector —el muchacho respiró hondo, liberado por fin de la pesadilla en que había vivido—. Lonely Rock es un viejo castillo, unas ruinas más bien, habitadas por vampiros.

Campbell era un hombre muy correcto, pero en aquella ocasión se le escapó un taco.

—¿Va a burlarse de mí a esta hora de la noche?

CAPÍTULO XI

—La historia que me ha contado parece arrancada de una novela de terror, Marton —gruñó el inspector Campbell mientras avanzaba en la noche, tratando de elegir los mejores lugares del sendero que conducía a Lonely Rock, a fin de no romperse un tobillo.

—Sin embargo, durante varios años ha dado resultado. Debe recordar que estamos en los Highlands, la parte más extraña de Escocia, donde toda historia irreal es posible, incluso la existencia de vampiros o la de la serpiente de mar de Loch Ness.

Campbell volvió a gruñir. Stanley creyó identificar una palabra no muy académica, pero prefirió no darse por aludido. El miembro de la «Special Branch» no estaba hecho para caminar de noche por un sendero como aquel.

—Hubiera sido mejor esperar a que llegaran mis compañeros, mañana por la mañana. Nos estamos arriesgando demasiado, en esta oscuridad.

—Ya le dije, inspector, que yo estaba dispuesto a venir solo.

—¿Y recabar para usted el honor de solucionar el misterio? Oh, no. Si fuese necesario, daría un brazo a cambio de restar a un periodista un éxito.

—¿Por qué nos odia?

—Son ustedes fastidiosos: siempre están metiendo la nariz en todo. ¿Por qué se creen que son dioses, omnipotentes y omniscientes?

No había, pese a todo, rencor en su voz.

—Nos haremos famosos con esta historia, inspector —concedió Stanley, sabiendo que el enojo de Campbell no era más que una faceta de la vanidad humillada. Reconocía que no era grato haber estado durante meses buscando una pista, para encontrarse al final con que un periodista, con un golpe de suerte, había llegado a la solución antes que él—. Y me gustaría que nos hiciéramos una foto, abrazados, felicitándonos mutuamente —añadió el muchacho.

Campbell volvió a gruñir, tropezó en algún sitio y se tambaleó en el mismo borde del precipicio. Stanley alargó la mano y lo sujetó firmemente, devolviéndole la estabilidad y pegándolo al muro de piedra.

—Gracias. Supongo que debo decirle que me ha salvado la vida —añadió con un suspiro hosco.

—Me consta que así ha sido, aunque no me lo diga —ironizó Stanley—. Estamos llegando, inspector. ¿Ve la silueta de las ruinas?

—Bien. A partir de ahora, tomo yo el mando —dijo, repentinamente rígido—. Póngase detrás de mí y no levante ruido alguno. Hace años que sé cómo debo enfrentarme a esta clase de gente.

El viento soplaba frío y húmedo desde el mar. La explanada de Lonely

Rock parecía, más que nunca, un lugar habitado solamente por fantasmas o seres irreales. Se comprendía que los vecinos de Mallaig, creyendo las historias que unos cuantos habían divulgado, fueran incapaces de subir por aquellas alturas. Se necesitaba mucho valor para hacerlo, incluso conociendo la superchería.

—Si hay alguien aquí le pillaremos por sorpresa —susurró Stanley—. Por eso quería subir esta misma noche, antes de que la captura de ese agente fuera conocida por sus cómplices.

—¡Cállese!

Avanzaron agachados, lentamente, para hurtarse al examen de un posible centinela. Realmente, con aquella noche no eran necesarias semejantes precauciones, pero Campbell respetaba estrictamente los principios de la más elemental seguridad.

Stanley pasó junto a la piedra donde había hallado muerto a Neil Dumbarton y no pudo contener un escalofrío. Realmente, aquel parecía un lugar maldito. Las dos veces que había subido fue para tropezar con la muerte; la última, él mismo estuvo a punto de ser arrojado por el precipicio, y solo un favor del Destino le permitió salir ileso mientras su enemigo caía al abismo.

¿Quién moriría en aquella tercera subida a Lonely Rock?

Miró las anchas espaldas de Campbell que se movían ante él y apretó los labios. El ancho portón del viejo castillo apareció ante ellos, como la boca del infierno: negra, tenebrosa e inquietante. Campbell se detuvo, vaciló, intimidado a pesar suyo frente a lo desconocido, y finalmente se decidió.

Cruzó el umbral desapareciendo ante los ojos de Stanley. Un minuto después oyó un grito ahogado y el rumor de una lucha.

Stanley corrió en auxilio de Campbell y atravesó la puerta, sin pensar en lo que podía encontrar al otro lado.

Encendió la linterna y el cono de luz iluminó una escena dantesca.

Una figura envuelta en una enorme capa negra estrangulaba entre sus poderosos brazos al inspector Campbell, que aparecía envuelto en el negro sudario mientras se debatía vanamente. La aparición estaba de espaldas por lo que el muchacho no podía verle el rostro. Sin embargo, lo siniestro del encuentro le hizo estremecerse.

La figura encapuchada se revolvió al percibir el reflejo de la luz. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha que se prolongaba en la capa, y solo eran visibles dos ojos sanguinolentos que parecían brillar con luz demoníaca bajo el impacto del haz de la linterna.

—¡Quieto o disparo! —ordenó Stanley, con voz extrañamente ronca.

El encapuchado soltó a Campbell, que se derrumbó, y entonces fue visible el cuchillo que empuñaba. Stanley abrió la boca para llamar al inspector y preguntar por su estado, pero el siniestro personaje movió el brazo, la hoja de acero centelleó y de pronto Stanley la vio cruzar el aire

hacia su pecho.

Saltó a un lado, tropezó en una piedra y cayó, esquivando el cuchillo por unos centímetros. El desconocido emitió un grito de contrariedad y echó a correr fuera de las ruinas, hacia la explanada.

¡Solo entonces Stanley vio que cojeaba notablemente!

El muchacho tardó unos instantes en reponerse de la sorpresa, pero acto seguido fue tras el cojo, cuyos pasos habían llegado a obsesionarle. En la oscuridad exterior, la negra capa enmascaraba por completo la figura del fugitivo. Stanley, detenido en el centro de la misma, se volvió en todas las direcciones, buscándolo. Estaba furioso, irritado por aquella fuga que no había podido evitar.

Plantado a la intemperie, gritó:

—¡No escaparás, Morven! ¡Sabemos que está vivo, Stuart Morven!

De pronto una serie de, fogonazos se produjeron en el límite de la explanada, y Stanley sintió el rabioso aullido de las balas junto a su rostro.

Se arrojó al suelo y rodó por el enlosado, apagada la linterna, escabulléndose de la cortina de balas que lanzaba sobre él Stuart Morven, que a la luz de los fogonazos adquiría un aspecto irreal y satánico.

Stanley se detuvo junto al bloque de piedra donde había muerto Neil Dumbarton, y tras él, se parapetó. Desde allí alzó la mano armada y disparó.

No confiaba mucho en su puntería, pero solo quería atemorizar a Morven. Este se sorprendió de verle armado y gritó. Quiso escabullirse, pero midió mal el terreno. O pisó en unas piedras que estaban desprendidas por la lluvia.

Perdió pie.

Gritó como un poseso. Durante unos instantes, a la luz de la linterna que Stanley acababa de encender, se le vio manotear en el aire, tratando de asirse a algún lugar. Luego desapareció mientras su voz se perdía en la noche.

Desde las ruinas, el inspector Campbell masculló:

—¡Maldita sea, lo quería vivo!

Stanley regresó junto al policía.

—Fue un accidente, lo siento.

—Ya lo sé: lo vi todo... ¡Maldito tipo! Me sorprendió. Debía estar aguardándonos —se frotó la nuca y movió la mandíbula en todas las direcciones—. Si no llega a ser por usted me rompe el cuello. ¿Otra vez le debo la vida?

Stanley le palmoteó el hombro y señaló el portón.

—Debemos revisarlo definitivamente.

Entraron, sin abandonar las precauciones. Más allá de la entrada había una rampa que descendía súbitamente hacia las entrañas de Lonely Rock.

Stanley iba delante, iluminando el camino con una linterna. Por eso fue el primero en ver el lago interior remansado entre un circo de rocas, bajo

una bóveda espectral.

—¡Vea esto, inspector! ¡Es algo más de lo que podíamos suponer!

Campbell se unió a él y no pudo contener una exclamación.

—¡Es... fantástico! Tienen aquí una Base de primerísimo orden. Incluso poseen un muelle y una cabina con instalación de radio.

Era cierto. Muy cerca del final de la rampa se erguía una pequeña construcción de cuya techumbre salía una antena.

Stanley vio un movimiento en la cabina y empujó al inspector.

—¡Cuidado!

Pero ya Campbell se le había adelantado. Cayó al suelo con habilidad de gimnasta y casi antes de tocar tierra empezó a disparar.

Stanley sintió muy próximo el zumbido de los proyectiles, pero el que estaba en la cabina debía sentirse demasiado nervioso, porque su puntería era mala. Campbell solo necesitó dos disparos. El primero rompió los cristales del ventanal de la cabina de radio, y el segundo alcanzó al que había iniciado el tiroteo.

Cuando entraron en la cabina vieron a un individuo alto y delgado, que había caído al suelo, alcanzado por una bala en el pecho.

El inspector se inclinó sobre él y le examinó.

—No es grave. Él nos contará toda la historia.

Stanley se arrodilló junto al herido.

—Usted es Guy MacDonald, ¿no?

El herido asintió.

—Y el que ha caído arriba, por el precipicio, era Stuart Morven, ¿verdad?

MacDonald volvió a afirmar.

—Fingieron su muerte para operar con mayor libertad de acción, ya veo.

MacDonald se humedeció los labios.

—Morven daba las órdenes. Yo... solo quería ganar un poco de dinero. No sé nada...

—¿Quién los protegía en Mallaig?

—No sé. Morven se encargaba de todo. Yo no salía de aquí. Me ocupaba de la radio —la señaló—. Ayer vino un submarino y desembarcó a un hombre. No sé quiénes son, ni entiendo su idioma...

—¿Un submarino? —Campbell miró al lago que no parecía ofrecer ninguna salida exterior.

MacDonald comprendió lo que imaginaba el policía, porque explicó:

—Hay un paso subterráneo, capaz para submarinos de bolsillo. Entran bajo el agua, sin riesgo de ser descubiertos por los guardacostas. Aquí hay gran profundidad.

Era una Base admirable, ideal para aquel tipo de operaciones. Su existencia constituía un gravísimo peligro para la seguridad del país.

—Necesito un médico. ¡Me voy a morir!

—No tengas miedo —gruñó Campbell—. Lo peor vendrá después, cuando te cures. ¿Qué hacia Morven?

—Se llevaba a los que desembarcaban y les proveía de todo cuanto necesitaban. Al cabo del tiempo, ellos volvían, y siempre Morven cuidaba de ellos: era el enlace, el jefe de operaciones de esta gente... creo que debe ser algo de espionaje. ¿Cree que me culparán por haberles ayudado?

Campbell se incorporó sin contestar y miró a Stanley.

—Tengo que avisar a mis compañeros. Esto es demasiado grave. Debemos darnos prisa. ¿Puede seguir ayudándome hasta que ellos estén aquí?

Stanley le miró de hito en hito.

—¿Qué es lo que he estado haciendo hasta ahora, inspector?

CAPÍTULO XII

La señora Morven, envuelta en una gruesa bata, aparecía nerviosa y agitada cuando Stanley entró en el vestíbulo de la posada. Al verle, se dirigió a él manoteando mucho.

—¡Señor Marton...! Ha ocurrido algo... inexplicable. Morag me entregó esta carta para usted y... luego se le llevó el coche. ¡No pude evitarlo, señor Marton! No me dio ninguna explicación. Solo dijo que con él podría ir a mayor velocidad.

Stanley recogió el sobre de manos de la señora Morven y lo rasgó. Contenía unas pocas líneas:

«Ahora que lo ha descubierto todo no vale la pena seguir fingiendo. Yo puse el veneno en el tubo de comprimidos. No nos veremos más.

»*Morag*».

Stanley plegó el mensaje y observó los ojos asustados de la señora Morven.

—¿Qué ocurre exactamente, señor Marton? Estoy... asustada. Oí ruidos en el desván y, luego, usted no estaba en su habitación... Va lleno de barro, como el que hay en Lonely Rock...

—No tema nada, señora Morven. Acuéstese y trate de dormir. Quizá mañana pueda explicarle algo y disipar para siempre su angustia. ¿Hace mucho que se fue Morag?

—Media hora, aproximadamente. Si va a buscarla, encontrará un coche de alquiler en el extremo de la plaza. Llame a la puerta ante la que está aparcado y saldrá el chófer.

Stanley siguió aquellas instrucciones y poco después corrían en el viejo vehículo por la carretera que conducía a Arisaig. El conductor gruñía de cuando en cuando, masticando su sueño. Stanley se sentía cansado pero extrañamente lúcido y despierto. Notaba el crujido del papel en su bolsillo y la sensación de que estaba llegando al final de su investigación.

Las circunstancias iban a hacer que él solucionara la totalidad del misterio mientras el inspector Campbell se dedicaba a detener al doctor Dunnet y a poner en movimiento a las autoridades locales, incluido el belicoso «sheriff».

La voz del chófer le sacó de sus reflexiones.

—¿No es ese el coche que andamos buscando?

Stanley se inclinó sobre el asiento delantero y miró, a la luz de los focos, el doloroso espectáculo de su hermoso coche deportivo aplastado

contra las rocas de la izquierda de la carretera.

—El que lo llevaba tuvo suerte; de no haberlo dominado hubiera caído por el precipicio, al mar.

Frenó y antes de detenerse el muchacho saltó a la carretera.

Morag estaba caída sobre el volante, desparramada su hermosa cabellera roja y pálido el rostro. Estaba herida y del pecho brotaba una mancha de sangre que se extendía por el vestido.

—¡Ayúdeme! —pidió al chófer.

Este ya se encontraba a su lado. Entre los dos sacaron a la hermosa mujer y la tendieron en la carretera. Stanley la examinó brevemente y exhaló un suspiro.

—No parece demasiado grave. Habrá que llevarla al Hospital de Arisaig.

Situaron lo mejor posible el cuerpo de Morag en el asiento posterior pero antes de salir Stanley echó una ojeada a su coche.

No había razón para aquel accidente, se dijo. La carretera era recta, aunque con pronunciada pendiente que descendía desde la misma salida de Mallaig. No cabía una mala maniobra o un patinazo al tomar mal una curva. Tampoco había habido un reventón.

Manejó el volante. Aun con el golpe, respondía perfectamente.

Solo entonces pensó en el freno. Se deslizó en el asiento delantero y pisó el pedal correspondiente. Este se hundió hasta el fondo sin encontrar la presión del líquido.

Una luz se encendió en su cerebro.

—¡Eh! Tenemos que darnos prisa —llamó el taxista.

—Aguarde un minuto.

Se tendió bajo el coche y encendió la linterna. Luego se incorporó vivamente y regresó junto al vehículo de alquiler.

—Vámonos.

Tenía las mandíbulas encajadas y una mirada vidriosa en sus pupilas.

* * *

Había amanecido cuando regresó a Mallaig. El taxi le dejó ante la misma posada, y en cuanto atravesó el umbral tropezó con el inspector Campbell a quién acompañaban el «sheriff» MacBallater y el alcalde Keith Alford.

—¿Dónde diablos se ha metido, Marton? —ladró el policía—. Hemos estado buscándole media noche.

—Hice un trabajo muy especial. Estoy helado. Me gustaría tomar un café bien cargado y, por supuesto, hirviendo.

La señora Morven se agitó en el fondo.

—Casualmente tengo la cafetera llena. Ya les he servido a estos señores —se acercó con una gran taza en una mano y la cafetera en la otra—.

¿Encontró a Morag, señor Marton?

Campbell avanzó hasta él.

—¿Quién es Morag y qué tiene que ver...?

Stanley bebió el café sin entretenerse en azucararlo y luego hizo señas a la señora Morven para que le sirviera otra taza.

—Sí; la encontré. Y viva. Cuidado, señora Morven, va a escaldarme.

El pulso de la dueña de la posada había temblado peligrosamente mientras escanciaba café.

—Tiene motivos para ponerse nerviosa, ¿verdad?

El rostro afilado de la mujer se puso rígido.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Me entiende muy bien, señora Morven. Su aspecto inocente me ha engañado muchas veces, pero sus errores han sido numerosos. Cuidado, inspector, no permita que escape. De todas formas, señora Morven, debo decir que su marido ha muerto.

Tenía ella nervios de acero. Lentamente devolvió la cafetera a la mesa y cruzó las manos ante el regazo.

—Lo sé muy bien. Hace varios años de ello.

—No; fue esta noche, en Lonely Rock. Y esta vez no hubo fraude. A propósito, ¿han detenido al doctor Dunnet?

—Por supuesto —asintió Campbell—. Y lo ha confesado todo. Él les administraba una dosis de un narcótico que daba a sus amigos una relativa apariencia de muertos; como quiera que él tenía que examinarlos, certificaba la defunción y los retiraba del mundo de los vivos. Así se fomentaba la historia de los vampiros y protegía definitivamente a Morven y a MacDonald. ¡No se mueva, señora Morven! En cuanto a los muertos verdaderos utilizaban veneno, luego les hacían orificios en el cuello, para imitar los dientes de los vampiros.

—¡No sé de qué hablan! —protestó esta.

Stanley sacó la carta del bolsillo.

Usted me dijo que esta carta la había escrito Morag MacLeod, pero ello no es posible, por dos razones: había demasiada intimidación entre nosotros para que ella dejara de tutearme, y difícilmente pudo haber puesto el veneno en el tubo de comprimidos cuando usted los dejó en el mostrador, si durante ese tiempo usted estuvo con ella, en casa de Morag. Dos errores pequeñísimos y, sin embargo, definitivos. Ella lo confirmará también, cuando pueda hablar. Y dirá también que usted la engañó, diciéndole que yo le pedía que cogiera mi coche y me aguardara en Arisaig o en algún otro lugar, ¿no es cierto?

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó, sin sentirse vencida todavía.

—Había una razón: usted cortó el tubo del freno. Quería hacerla pasar por culpable y para ello tenía que matarla en accidente, fingiendo que huía. A la salida de Mallaig comienza una pronunciada pendiente que desciende hacia Arisaig. Todo vehículo tiene que frenar si no quiere caer por el

precipicio. Morag no dejó de hacerlo, pero se encontró con que a cada presión en el pedal el líquido de frenos se le escapaba... Ella lo comprendió y se arrimó al lado opuesto al precipicio todo lo que pudo: me ha destrozado el coche pero ha salvado la vida.

Súbitamente, la señora Morven se precipitó sobre Stanley con una navaja marinera en la mano. Hubiera llegado a clavársela de no haber estado el inspector Campbell atento. Su manaza cayó sobre el brazo armado, lo retorció y la navaja se desprendió de la engarrotada mano femenina mientras la señora Morven gritaba y se retorció como una posesa.

El «sheriff» acudió en auxilio del inspector. Entre los dos la dominaron y un par de esposas terminaron de contener la furia femenina. Luego, MacBallater se llevó a una señora Morven deshecha, moralmente convertida en un guiñapo.

En el silencio que siguió, Stanley lanzó un ruidoso suspiro.

—Me devolvió el favor, inspector.

Fuera se oyó el ruido de varios motores que frenaban ante la posada.

—Son mis compañeros de la «Special Branch» —anunció Campbell, visiblemente aliviado.

EPÍLOGO

«El Viejo» soltó un terrible puñetazo a la mesa. En algún punto de esta se produjo un crujido amenazador que no impresionó a Stanley. Luego, desde detrás del escritorio, el director del periódico bramó:

—¿Y ha necesitado una semana para averiguar que no había más que fantasías detrás de la historia de aquel lugareño supersticioso?

—Tuve que cerciorarme...

—¿Cree que soy tonto? ¡Se ha pasado siete deliciosos días de vacaciones a costa mía, viviendo como un potentado, disfrutando de la pesca o haciendo el amor a alguna jovencita! ¡Pero no voy a dejarme engañar, Stanley! ¡Esos siete días le serán descontados de las vacaciones reglamentarias! Y, ahora, ¡lárguese! ¡No quiero volver a verle!

El muchacho abandonó el despacho con el rostro encarnado. En la calle, dentro de su coche nuevo, le aguardaba Dina, radiante y hermosa como nunca. En el bordillo, junto a la portezuela, estaba el inspector Campbell. Le bastó una ojeada para comprender cómo se había desarrollado la entrevista.

—Siento deseos de asesinar a un inspector de la «Special Branch», así que desaparezca lo antes posible —masculló al verle.

—¿Tuvo problemas, Stanley?

—«El Viejo» se puso morado de tanto gritarme. ¡Y tuve que aguantárselo, sí, señor! Tuve que aparentar que era imbécil o, lo que es peor, que soy un granuja. Y todo porque un inspector de la «Special Branch» me ha pedido que no divulgue ni una sola palabra de lo ocurrido allá arriba, en Lonely Rock.

—Se lo ha pedido el país, Stanley. El bien común. No podíamos obligarle a que mantuviera el secreto, por lo que hemos apelado a su recta conciencia de ciudadano. Divulgar una historia como esa hubiera hecho mucho daño al prestigio y a la seguridad de nuestros servicios de defensa. Usted lo comprendió, y...

—¡Maldita sea mi sensiblería! ¡Era el reportaje más maravilloso de mi vida!

—Ha encontrado algo a cambio —Campbell señaló a Dina—. ¿No le compensa eso cualquier amargura?

El muchacho rodeó el coche y se deslizó en el asiento delantero, junto a Dina. Ella le ofreció los labios y ambos se besaron con ansiedad.

—Sí, inspector.

Acababan de casarse y aún no habían iniciado su luna de miel.

—Gracias, muchacho —sonrió Campbell—. Felicidades y... cuenta con la gratitud del Cuerpo en pleno. Ah, se me olvidaba. Morag les envía sus

mejores saludos desde el Hospital. Dentro de unos días le darán el alta. Con ella estaba Seton Marlow, y lo vi muy alegre: por lo visto ha debido conseguir una respuesta correcta de Morag.

Pero ni Stanley ni Dina le oían. Solo se ocupaban de besarse concienzudamente.

FIN

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

**MARABU
ZAG**

EDITORIAL BRUGUERA



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 7ª
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Esta-
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 33
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.41
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain